

as para radio (BBC)

Ants (1962).
esick (1967).
tical Twins (1968).
rtive; Not, not, not, not Enough Oxygen (1971).
ber's Nervous Illness; Henry's Past; Per-Happiness (1972).

as para televisión (BBC)

Judge's Wife (1972).
ish Delight (1974).
After Dinner Joke (1978).
es (1982).
Girls (1992).

as teatrales estrenadas

ers. Royal Court (1971).
ctions to Sex and Violence. Royal Court (1975).
Shining in Buckinghamshire. Escrita para compañía Joint Stock Theatre (1976).
gar Tom. Escrita para la compañía *femi-Monstrous Regiment* (1976).
s. Royal Court (1977).
d Nine. Escrita para la compañía Joint Stock Theatre (1979). Estreno y gira en el Reino Unido y dos temporadas en Nueva York.
ne More Sleepless Nights. Royal Court (1980).
Girls. Royal Court y Festival de Teatro Nueva York (1982/3).
 Escrita para la compañía Joint Stock Theatre. Gira en el Reino Unido y Estados Unidos (1983). Estrenada con un reparto estadounidense en Nueva York (1984).

- *Softcops*. Royal Shakespeare Company, Barbican (1984).
- *A Mouthful of Birds*. Escrita con David Lan para Joint Stock Theatre (1986).
- *Serious Money*. Royal Court. Festival Shakespeare de Nueva York y temporada en Broadway (1987/8).
- *Icecream*. Royal Court (1989).
- *Hot Fudge*. Royal Court (1989).
- *Mad Forest*. Royal Court y Taller de Dramaturgia en Nueva York (1990/1992).
- *Lives of the Great Poisoners*. Musical con partitura de Orlando Gough y coreografía de Ian Spink (1991).
- *The Skriker*. Royal National Theatre (1994).
- *Thyestes*. Versión de la obra de Séneca. Royal Court (1994).
- *Blue Heart*. Compañía Out of Joint. Royal Court, Festival de Edimburgo, Nueva York y gira internacional (1997/1999).
- *Hotel*. Musical con partitura de Orlando Gough y movimiento de Ian Spink (1997).
- *This is a Chair*. Royal Court (1997).
- *Far Away*. Royal Court and Albery Theatre (2000).
- *A Number*. Royal Court (2002).

Premios teatrales

- *Cloud Nine*. Premio OBIE, Nueva York (1982). Premio Hollywood Dramalogue Critics, EE.UU.
- *Top Girls*. Premio OBIE, 1983.
- *Serious Money*. Premio Laurence Olivier a la mejor obra (1987). Premio Evening Standard a la Mejor Comedia. Premio Plays and Players.
- *A Number*. Premio Evening Standard a la Mejor Obra Nueva (2002).
- Caryl Churchill ha obtenido además el Premio Susan Smith Blackburn en 1984 y 1987.

Top Girls

de Caryl Churchill

Versión castellana de Carla Matteini



Personajes

MARLENE

ISABELLA BIRD

JOYCE

SRA. KIDD

DAMA NIJO

WIN

DULL GRET

ANGIE

PAPISA JUANA

LUISA

LA PACIENTE GRISELDA

NELL

JEANINE

CAMARERA

KIT

SHONA

Espacios y Tiempo

Primer Acto:

Primera escena: Restaurante. Sábado noche.

Segunda escena: La agencia de empleo "Top Girls". Lunes por la mañana.

Tercera escena: Patio trasero de Joyce. Tarde de domingo.

Segundo Acto:

Primera escena: La agencia de empleo "Top Girls". Lunes por la mañana.

Segunda escena: Cocina de Joyce. Tarde de domingo, un año antes.

Notas sobre los personajes

ISABELLA BIRD (1831-1904) vivió en Edimburgo, viajó frecuentemente entre los 40 y 70 años.

DAMA NIJO (1258). Japonesa, fue cortesana del Emperador y más tarde monja budista que recorrió Japón a pie.

DULL GRET es el personaje del cuadro de Brueghel, *Dulle Griet*, en el que una mujer con mandil y sombrero conduce a una multitud de mujeres a atacar el infierno, y a combatir a los demonios.

PAPISA JUANA: disfrazada de hombre, se cree que fue Papa entre 854-856.

LA PACIENTE GRISELDA: es la obediente esposa cuya historia contó Chaucer en el *Relato del Clérigo de Los cuentos de Canterbury*.

Notas para la interpretación

Una réplica suele seguir a la inmediatamente anterior, PERO:

1.- Cuando un personaje empieza a hablar antes de que el otro haya terminado, el punto de interrupción está marcado así: /

EJ. ISABELLA.- ¿Habláis del emperador del Japón? / Una vez conocí al Emperador de Marruecos.
NIJO.- en realidad era ex -Emperador.

2.- Un personaje sigue a veces hablando durante la réplica de otro:

EJ. ISABELLA.- A los cuarenta años pensé que mi vida se acababa. / Oh fue lamentable. Me enviaron

NIJO.- No he dicho que me sentí así veinte años. No todo el tiempo.

ISABELLA.- a un crucero por salud y me sentí aún peor. Dolores de huesos, hormigueo... etc.

3.- A veces una réplica continúa otra anterior a la que va inmediatamente antes, y la continuidad está marcada así: *

EJ. GRISELDA.- Lo había visto pasar a caballo, como todas. Y él me había visto en el campo con las ovejas.*

ISABELLA.- Se me habría dado bien cuidar ovejas.

NIJO.- Y con el señor Nugent pasando a caballo.

ISABELLA.- Claro que no, Nijo, me refiero a una vida sana al aire libre.

JUANA.- *¿Simplemente pasó a caballo cuando cuidabas las ovejas y te pidió que te casaras con él?

En este caso, "en el campo con las ovejas*" es el pie para ambas réplicas: "Se me habría dado bien..." y "¿Simplemente pasó a caballo...".

* * * * *

TOP GIRLS Copyright © 1982, 1984 by Caryl Churchill.

All rights whatsoever in this Play are strictly reserved and application for any use thereof shall be made to CASAROTTO RAMSAY & ASSOCIATES LTD.,

60 Wardour Street, London W1V 4ND England, prior to such use.

PRIMER ACTO

Escena Primera

Un restaurante. La mesa dispuesta para la cena con mantel blanco. Seis cubiertas.
MARLENE y la CAMARERA.

MARLENE.— Perfecto, sí, mesa para seis. Una va a llegar tarde pero no la esperaremos. Traiga ya una botella de Frascati, si está realmente fría.

Llega ISABELLA BIRD.

Muy bien. Isabella.

ISABELLA.— Enhorabuena, querida.

MARLENE.— Bueno, es un paso. Merece una fiesta. No tengo tiempo para vacaciones. Me encantaría ir a algún sitio exótico como tú pero no puedo marcharme. No sé cómo pudiste dejar Hawai. / Me encantaría tumbarme al

ISABELLA.— Sí, pensé quedarme.

MARLENE.— sol siempre, aunque por supuesto no soporto quedarme quieta.

ISABELLA.— Le pedí a mi hermana Hennie que viniera a reunirse conmigo. Le dije, Hennie, viviremos aquí siempre y ayudaremos a los nativos. Puedes comprar dos solomillos de vaca por lo que vale una libra de chuletas en Edimburgo. Y Hennie me contestó, tan mona, que sí, que vendría a Hawai si yo quería, pero le dije que mejor se quedara donde vivía. Hennie estaba hecha para la vida en Tobermory.

MARLENE.— Pobre Hennie.

ISABELLA.— ¿Tienes una hermana?

MARLENE.— Pues sí.

ISABELLA: Hennie era feliz. Y buena. Yo estaba de menos su cara, mi cachorria. Pero no podía quedarme en Escocia. Detestaba su constante lobreguez.

MARLENE.— Ya.

Ve entrar a DAMA NIJO.

NIJO.— ¡Marlene!

MARLENE.— Tomaremos una copa mientras esperamos a las demás. Tomemos una copa de todos modos. Qué semanita.

NIJO: Eran siempre los hombres los que se emborrachaban. Yo era una de las doncellas que servían sake.

ISABELLA.— He tomado sake. Esa bebida caliente. Muy reconfortante tras un día de lluvia.

NIJO.— Una noche mi padre propuso tres rondas de tres tazas, que era lo normal, y entonces el Emperador hubiera debido decir tres rondas de tres tazas, pero dijo tres rondas de nueve tazas, así que os podéis imaginar. Entonces el Emperador le pasó su taza de sake a mi padre y dijo "Deja que el pato salvaje venga a mí esta primavera."

MARLENE.— ¿Deja qué?

NIJO.— Es una alusión literaria a una epopeya del siglo diez. / Su Majestad era muy culto.

ISABELLA.— ¿Habláis del Emperador del Japón? / Una vez conocí al Emperador de Marruecos.

NIJO.— En realidad era ex -Emperador.

MARLENE.— ¿Pero no era mayor? / ¿De veras, Isabella?

NIJO.— Veintinueve.

ISABELLA.— Oh, es una larga historia.

MARLENE.— Veintinueve es una edad estúpida.

NIJO.— Bueno, yo sólo tenía catorce años y sabía que me quería decir algo pero no qué. Me mandó un vestido de ocho capas y se lo devolví. Así que cuando llegó el momento no hice más que llorar. Mis finos vestidos se habían rasgado. Pero incluso esa mañana, cuando se marchó / — llevaba

MARLENE.— ¿Estás diciendo que te violó?

NIJO.— una capa verde con forro carmesí y pantalones ricamente bordados—, ya sentía diferente hacia él. Me sentí inquieta. No, claro que no, Marlene, yo le pertenecía, me criaron para ello desde muy niña. Pronto me di cuenta de que me entristecía cuando él no venía. Eran días deprimentes uno tras otro sin saber cuándo vendría. Jamás disfruté llevándole otras mujeres.

LA COQUERA trae el vino.

ISABELLA.— Desde luego nunca vi a mi padre borracho. Era pastor de la iglesia. / Y no me casé hasta los cincuenta años.

NIJO.— Oh, mi padre era un hombre muy religioso. Justo antes de morir me dijo: “Sirve a Su Majestad, sé respetuosa, si pierdes sus favores ingresa en una orden religiosa.”

MARLENE.— Pero te querría decir quédate en un convento, no que fueras peregrinando por todo el país.

NIJO.— Los sacerdotes a menudo son vagabundos, ¿así que por qué no una monja? ¿Crees que no debía? / Seguí haciendo lo que deseaba mi padre.

MARLENE.— No, no, creo que sí debías. Creo que fue maravilloso.

Llega DULL GRET.

ISABELLA.— Traté de hacer lo que deseaba mi padre.

MARLENE.— Bien, Gret. Nijo, Gret. / Sé que Griselda va a llegar tarde, pero ¿debemos esperar a Juana? / Te sirvo una copa.

Sirve una copa a GRET mientras las demás siguen hablando.

ISABELLA.— ¡Gret! (Sigue dirigiéndose a Nijo) Intenté hacer lo que quería mi padre. Intenté ser la hija de un pastor. Costura, música, actos benéficos. Me quitaron un tumor en la columna y pasé mucho tiempo en el sofá. Estudié los poetas metafísicos y también himnología. / Creía que disfrutaba con mis actividades intelectuales.

NIJO.— Ah, te gusta la poesía. Provengo de una línea de ocho generaciones de poetas. Mi padre publicó un poema / en la antología.

ISABELLA.— Mi padre me enseñó latín aunque era una chica. / Pero realmente yo estaba

MARLENE.— En mi colegio no daban latín.

ISABELLA.— más dotada para el trabajo manual.
Cocinar, lavar, zurcir, montar a caballo. /
Mejor que leer libros, ¿verdad Gret? Una
vida dura al aire libre. *

NiJO.— Oh, estoy segura de que eres muy lista.
* No puedo decir que disfruté de mi vida
dura. Lo que más me gustaba era ser la fa-
vorita del Emperador / y llevar finas sedas.

ISABELLA.— ¿Tenías caballos, Gret?

GRET.— Cerdos.

Llega la PAPISA JUANA.

MARLENE.— Oh, Juana gracias a dios, podemos
pedir. ¿Os conocéis todas? Estábamos jus-
to hablando de aprender latín y ser chicas
inteligentes. Juana, por cierto, fue una niña
prodigio. ¿Qué te estimulaba a los diez
años?

JUANA.— Porque los ángeles no tienen materia no
son individuos. Cada ángel es una especie.

MARLENE.— Ya lo véis.

Rien. Miran los menús.

ISABELLA.— He olvidado el latín. Pero mi padre
fue el motor de mi vida y cuando murió
sufrí tanto. Tomaré pollo, por favor / y
sopa.

NiJO.— Claro que sufriste. Mi padre estaba re-
zando sus plegarias cuando se adormeció
al sol. Le toqué la rodilla para despertarle.
“Me pregunto qué va a pasar” dijo, y
se murió antes de terminar la frase. / Si
hubiera

MARLENE.— Vaya shock.

NiJO.— muerto mientras rezaba habría ido de-
recho al cielo. Ensalada Waldorf.

JUANA.— La muerte es el retorno de todas las
criaturas a Dios.

NiJO.— No hubiera debido despertarle.

JUANA.— La condenación sólo significa igno-
rancia de la verdad. Siempre me atrajeran
las enseñanzas de Juan el Escocés, pesca
que se sentía inclinado a confundir / Dios
y el mundo. *

ISABELLA.— El sufrimiento siempre me atra-
maba en aquel tiempo.

MARLENE.— * Lo que me apetece es un bistec/
poco hecho.

ISABELLA.— Naturalmente soy miembro de la
iglesia Anglicana.

MARLENE.— ¿Gret?

GRET.— Patatas.

MARLENE.— No he vuelto a la iglesia en años. /
Me gustan los villancicos.

ISABELLA.— Las obras pías son más importan-
tes que la asistencia a la iglesia.

MARLENE.— Que sean dos bistecs con muchas
patatas. Poco hechos. Pero tampoco me
dedico a las obras pías.

JUANA.— Canelonis, por favor, / y una ensalada.

ISABELLA.— Bueno, lo intenté, pero Hennie sí
que hizo obras pías.

NiJO.— La primera parte de mi vida estuvo
llena de pecado y la segunda / de arpen-
timiento. *

MARLENE.— ¿Y de primero?

GRET.— Sopa.

JUANA.— * ¿Y cuál te gustó más?

MARLENE.— ¿Eran tus viajes sólo una penitencia? Aguacate con vinagreta. ¿No / te lo pasabas bien?

JUANA.— No quiero primero, gracias.

NIJO.— Sí, pero era muy infeliz. / Me dolía recordar el pasado.

MARLENE.— Y la carta de vinos.

NIJO.— Creo que era arrepentimiento.

MARLENE.— Pues me extraña.

NIJO.— Puede que fuera nostalgia.

MARLENE.— O enfado.

NIJO.— No, enfado no / ¿por qué enfado?

GRET.— ¿Puede traernos más pan?

MARLENE.— ¿Nunca te enfadas? Yo me enfado.

NIJO.— ¿Pero por qué?

MARLENE.— Sí, tomaremos dos del número 45.

ISABELLA.— Traté de entender el budismo cuando estaba en Japón / pero tanto

MARLENE.— Y más pan, por favor.

ISABELLA.— nacimiento y muerte sucediéndose toda la eternidad sólo me llenó de una profunda melancolía. Me gustan las cosas más activas.

NIJO.— No podrías decir que yo era inactiva. Caminé cada día durante veinte años.

ISABELLA.— No me refiero a caminar. / Me refiero a la cabeza.

NIJO.— Juré copiar cinco sutras Mahayana. / ¿Sabes lo largos que son?

MARLENE.— No creo que las creencias religiosas sean algo que tengamos en común. La actividad, sí.

NIJO.— Mi cabeza estaba activa. / La cabeza me dolía.

JUANA.— No sirve de nada estar activo en la herejía.

ISABELLA.— ¿Qué herejía? Está llamando a la Iglesia Anglicana / una herejía.

JUANA.— Hay herejías / muy atractivas.

NIJO.— Jamás oí hablar del Cristianismo. Nunca / oí hablar. Bárbaros.

MARLENE.— Pues yo no soy cristiana. / Y no soy budista.

ISABELLA.— ¿Has oído hablar de ello?

MARLENE.— No tenemos por qué creer todos lo mismo.

ISABELLA.— Sabía que al cenar con una papisa deberíamos evitar la religión.

JUANA.— Siempre disfruto de una discusión teológica. Pero no intentaré convertirte, no soy misionera. De todos modos yo misma soy una herejía.

ISABELLA.— Hay ciertas prácticas bárbaras en el Este.

NiJO.- ¿Bárbaras?

ISABELLA.- Entre las clases más bajas.

NiJO.- No lo sé.

ISABELLA.- Bueno, la teología siempre me ha dado dolor de cabeza.

MARLENE.- Bien, aquí llega la comida.

La CAMARERA trae los primeros platos.

NiJO.- ¿Cómo hubiera podido abandonar la corte sino como monja? Cuando murió mi padre sólo tenía a Su Majestad. Así que cuando perdí sus favores me quedé sin nada. La religión es una especie de nada / y dediqué lo que quedaba de mí a esa nada.

ISABELLA.- Eso es lo que quiero decir sobre el budismo. No fortalece.

MARLENE.- Venga, NiJO, toma un poco de vino.

NiJO.- ¿Nunca os habéis sentido así? Todas os habéis sentido / así.

ISABELLA.- Creíste que se te había acabado la vida pero no fue así.

MARLENE.- Sí pero sólo durante unas horas. No veinte años.

ISABELLA.- Cuando cumplí los cuarenta pensé que mi vida se había acabado. / Oh, fue lamentable. Me mandaron

NiJO.- No he dicho que me sentí así los veinte años. No todo el tiempo.

ISABELLA.- a un crucero por salud y me sentí incluso peor. Dolores de huesos, hormigueo en las manos, bultos detrás de las orejas, y - oh, estupidez. Temblaba toda,

un terror indescriptible. Y Australia me pareció un país horrible, las acacias apestaban a desagüe. / Tenía

NiJO.- Añorabas tu casa.

ISABELLA.- una fotografía para Hennie pero le dije que no se la iba a mandar, se me había caído el pelo y tenía la ropa torcida, parecía una loca suicida.

NiJO.- Como yo, exactamente igual, vestida de monja. Llevaba zapatos para caminar por primera vez.

ISABELLA.- Anhelaba volver a casa, / ¿pero a casa para qué? Las casas son tan deprimentes. *

NiJO.- Yo anhelé volver durante diez años.

MARLENE.- * Creía que viajar os animaba a los dos.

ISABELLA.- Y así era / por supuesto. En el

NiJO.- No soy una persona animada, Marlene. Sólo que me río mucho.

ISABELLA.- viaje de Australia a las islas Sandwich me enamoré del mar. Había ratas en el camarote y hormigas en la comida pero de pronto fue como un mundo nuevo. Me despertaba feliz cada mañana, sabiendo que nada me iba a irritar. Nada de nervios. Nada de tener que arreglarme.

NiJO.- ¿No te gusta arreglarte? Yo adoraba mis vestidos. / Cuando me eligieron

MARLENE.- Llevabas colores más bonitos que Isabella.

NiJO.- para complacer al hermano de Su Majestad, el Emperador Kameyana, en su vi-

sita formal, llevaba pantalones plisados de seda salvaje y un vestido de siete capas en tonos rojos, y dos túnicas, / amarillas forradas de verde

MARLENE.— Claro, toda esa seda debía ser muy...

JUANA.— Yo me vestí de chico cuando me fui de casa. *

NIJO.— y una chaqueta verde claro. Lady Betto llevaba un vestido de cinco capas con tonos verdes y morados.

ISABELLA.— * ¿Te vestiste de chico?

MARLENE.— Claro, / por seguridad.

JUANA.— Fue fácil, sólo tenía doce años. / Además no dejaban entrar a las mujeres a la biblioteca. Queríamos estudiar en Atenas.

MARLENE.— ¿Te escapaste sola?

JUANA.— No, sola no, me fui con mi amigo. / Tenía dieciséis años pero creí que

NIJO.— Ah, una fuga de amantes.

JUANA.— yo sabía más de ciencias que él y casi tanto de filosofía.

ISABELLA.— Pues yo siempre he viajado como una dama y he rechazado enérgicamente cualquier sugerencia en la prensa de que era todo menos femenina.

MARLENE.— Nunca llevo pantalones en el trabajo. / Podría, pero no lo hago.

ISABELLA.— No había mucho peligro para una mujer de mi edad y aspecto.

MARLENE.— ¿Y lo lograste, Juana?

JUANA.— Entonces sí.

MARLENE.— ¿Y nadie se dio cuenta de nada?

JUANA.— Se dieron cuenta de que era un chico muy listo. / Y cuando compartía cama con mi

MARLENE.— Yo no hubiera sabido disimular tanto tiempo.

JUANA.— amigo, era normal – dos pobres chicos en un albergue. Creo que me olvidé de que estaba disimulando.

Ahora comen.

ISABELLA.— Jim de las Montañas Rocosas, el señor Nugent, jamás me faltó al respeto. Creo que le parecía interesante que yo supiera cocinar tartas y también echar el lazo al ganado. De hecho me declaró su amor, lo que fue más bien inquietante.

NIJO.— ¿Qué te dijo? / Nosotros siempre mandamos poemas antes.

MARLENE.— ¿Qué dijiste tú?

ISABELLA.— Le insté a dejar el whisky / pero dijo que era demasiado tarde.

MARLENE.— Oh Isabella.

ISABELLA.— Había vivido solo en las montañas durante muchos años.

MARLENE.— Pero tú...

ISABELLA.— El señor Nugent era un hombre al que cualquier mujer hubiera amado pero ninguna se habría casado con él. Regresé a Inglaterra.

NIJO.— ¿Le escribiste un poema al marcharte? / Nieve en las montañas. Mis mangas

MARLENE.— ¿Nunca lo volviste a ver?

ISABELLA.— No, nunca.

NIJO.— están empapadas en llanto. En Inglaterra ni llanto, ni nieve.

ISABELLA.— Bueno, he dicho nunca. Una mañana muy temprano en Suiza, un año más tarde, tuve una visión de él tal y como lo vi la última vez / con su ropa de trampero con

NIJO.— ¡Un fantasma!

ISABELLA.— pelo por la cara, y ese día / me enteré más tarde, murió con una

NIJO.— ¡Ah!

ISABELLA.— bala en la cabeza. / Simplemente se inclinó hacia mí y se desvaneció.

MARLENE.— Oh Isabella.

NIJO.— Cuando muere tu amante —uno de mis amantes murió. / El sacerdote Ariake.

JUANA.— Mi amigo murió. ¿Tenemos todas amantes muertos?

MARLENE.— Yo no, lo siento.

NIJO.— (A ISABELLA) Aún no era monja, seguía en la corte, pero él era un sacerdote, y cuando vino a mí dedicó su vida entera al infierno. / Él sabía que al morir caería en uno de los tres reinos inferiores. Y murió, sí murió.

JUANA.— (A MARLENE) Discutía con él las enseñanzas de Juan el Escocés, que sostenía que nuestra ignorancia de Dios es igual que su ignorancia de sí mismo. Él sólo sabe lo que crea porque crea todo lo que sabe pero él mismo está por encima del ser — ¿me sigues?

MARLENE.— No, pero continúa.

NIJO.— No soportaría pensar / bajo qué forma volvería a nacer. *

JUANA.— San Agustín sostenía que las ideas neoplatónicas son indivisibles

ISABELLA.— * El budismo es realmente muy cómodo.

JUANA.— de Dios, pero yo estaba de acuerdo con Juan en que el mundo creado es esencias derivadas de Ideas que derivaron de Dios. Como decía Dionisio el Areopagita —el seudo-Dionisio— primero le damos un nombre, luego le negamos, / y entonces conciliamos la contradicción

NIJO.— ¿Bajo qué forma regresaría?

JUANA.— mirando más allá...

MARLENE.— ¿Qué, perdona? ¿Dionisio dijo qué?

JUANA.— Bueno, disentimos sobre el tema, nos peleamos. Y el día siguiente cayó enfermo, / yo

NIJO.— Desdicha en esta vida y peor aún en la próxima, todo por mi culpa.

JUANA.— estaba tan molesta con él, todo el tiempo que le cuidé no dejaba de dar vueltas a los argumentos en mi mente. La materia no es un modo de conocer la esencia. El origen de las especies es la Idea. Pero entonces me di cuenta de que él nunca entendería mis argumentos, y esa noche murió. Juan el Escocés sostenía que el individuo se desintegra / y que no hay inmortalidad personal.

ISABELLA.— No quiero que penséis que estaba enamorada de Jim Nugent. Lo que sentía era anhelo por salvarlo.

MARLENE.— (A JUANA) ¿Entonces qué hiciste?

JUANA.— Ante todo decidí seguir como hombre. Me había acostumbrado. Y quería dedicar mi vida al conocimiento. ¿Sabes por qué me fui a Roma? Los italianos no llevaban barba.

ISABELLA.— Los amores de mi vida eran Hennie, mi cachorrita, y mi amado esposo el doctor, quien cuidó de Hennie en su última enfermedad. Yo sabía que sería terrible cuando Hennie muriera pero no sabía cuánto. Sentí que parte de mí se había ido. ¿Cómo podría seguir con mis viajes sin ese alma inocente esperando en casa mis cartas? Fue la devoción del doctor Bishop por ella en su última enfermedad lo que me decidió a casarme con él. Él y Hennie tenían el mismo carácter dulce. Yo no.

NIJO.— Creí que su majestad tenía un carácter dulce porque cuando se enteró de lo de Ariake fue tan amable. Pero en realidad lo fue porque yo ya no le importaba. Una noche llegó a mandarme con un hombre que me había perseguido. Se quedó despierto al otro lado de los biombos, escuchando.

ISABELLA.— Yo deseaba que el matrimonio fuera algo más que un paso. Traté muy duramente de esforzarme en el fatigoso quehacer de la vida. Volví a caer enferma con forúnculos en la espina dorsal y postración nerviosa. Encargué un triciclo, ésa era entonces mi idea de la aventura. Y también John enfermó, con erisipela y anemia. Empecé a amarlo con todo mi corazón pero era demasiado tarde. Era un esqueleto con blancas manos transparentes. Le llevaba a distintas playas en silla de ruedas. Se fue marchitando y me dejó. No había nada en mi vida. Los doctores dijeron que tenía gota / y que mi corazón estaba muy afectado.

NIJO.— En mi vida no había nada, nada, sin los favores del Emperador. La Emperatriz siempre había sido mi enemiga, Marlene, decía que yo no tenía derecho de llevar vestidos de tres capas. / Pero era la hija adoptiva de mi abuelo el Primer Ministro. Me dieron públicamente permiso para llevar seda fina.

JUANA.— No había nada en mi vida excepto mis estudios. Estaba obsesionada con perseguir la verdad. Enseñaba en la Escuela Griega de Roma, famosa por San Agustín. Era pobre, trabajaba duro, hablaba al parecer con brillantez, era aún muy joven, y de pronto me hice bastante famosa. Era la favorita de todos. Grandes multitudes acudían a escucharme. Al día siguiente de que me nombraran cardenal caí enferma y estuve postrada dos semanas sin hablar, llena de terror y de pesar. / Pero entonces me levanté decidida a

MARLENE.— Sí, el éxito es muy alarmante.

JUANA.— seguir. De nuevo me embargó / un anhelo desesperado de absoluto.

ISABELLA.— Sí, sí, seguir. Me senté en Tobermory entre las flores de Hennie y cosí un traje completo de franela / tenía cincuenta y seis años.

NIJO.— Sin los favores pero no me morí. Me marché a pie, nadie me vio irme. Durante los veinte años siguientes caminé por Japón.

GRET.— Caminar es bueno.

JUANA.— El Papa León murió y me eligieron. De acuerdo. Sería Papa. Conocería a Dios. Lo sabría todo.

ISABELLA.— Decidí dejar atrás mi aflicción y partí hacia el Tibet.

MARLENE.— Estuvisteis magníficas. Necesitamos más vino, por favor, dos botellas creo, Griselda aún no ha llegado y quiero brindar con todas vosotras.

ISABELLA.— Por ti sin duda, / estamos aquí para celebrar tu éxito.

NIJO.— Sí, Marlene.

JUANA.— Sí, ¿de qué se trata exactamente, Marlene?

MARLENE.— Bueno no es ser Papa pero es directora general. *

JUANA.— Y le encuentras trabajo a la gente.

MARLENE.— Sí, es una agencia de empleo.

NIJO.— * Por encima de todas las mujeres con las que trabajas. Y los hombres.

ISABELLA.— Y muy merecido, además. Estoy segura de que es sólo el comienzo de algo extraordinario.

MARLENE.— Bueno merece una fiesta.

ISABELLA.— Por Marlene. *

MARLENE.— Y por todas nosotras.

JUANA.— *Marlene.

NIJO.— Marlene.

GRET.— Marlene.

Beben a su salud.

MARLENE.— Bueno, todas hemos recorrido un largo camino. Por nuestro valor y por cómo cambiamos nuestras vidas y nuestros extraordinarios logros.

Rien y beben.

ISABELLA.— Qué aventuras. Estábamos cruzando un paso de montaña a siete mil pies, el cocinero estaba hecho pedazos, los muleros tenían fiebre y ceguera por la nieve. Pero aunque mi columna era puro dolor me las arreglé muy bien.

MARLENE.— Fantástico.

NIJO.— Una vez pasé cuatro meses enferma, postrada en una posada. Nadie que le ofreciera un caballo a Buda. Tenía que vivir por mí misma, y lo conseguí.

ISABELLA.— Claro que sí. Era muchísimo peor regresar a Tobermory. Siempre me sentía apagada cuando me quedaba quieta. / Por eso nunca pude quedarme en ningún lugar.

NIJO.— Sí, eso es exactamente. Nuevas vistas. / El santuario junto a la playa. La diosa había prometido salvar todo lo vivo. / Salvaría incluso a los peces. Yo me sentía llena de esperanza.

JUANA.— Yo creía que el Papa lo sabría todo. Creía que Dios me hablaría directamente. Pero por supuesto él sabía que yo era una mujer. *

MARLENE.— ¿Pero nadie sospechó siquiera?

JUANA.— Al final volví a tener un amante. Era uno de mis chambelanes. Hay tantos sirvientes cuando eres Papa. La comida es muy buena. Y me di cuenta de que conocía la verdad. Porque todo lo que diga el Papa es verdad.

NIJO.— ¿Cómo era el chambelán?

JUANA.— Capaz de mantener un secreto.

MARLENE.— Así que lo sabías todo.

JUANA.— Sí, disfruté siendo Papa. Consagraba obispos y permitía que la gente me besara los pies. Recibí al Rey de Inglaterra cuando vino para someterse a la iglesia. Por desgracia hubo terremotos, y algún pueblo informó de que llovía sangre, y en Francia hubo una plaga de langostas gigantes, pero no creo que todo eso fuera culpa mía, ¿no os parece? *

Risas.

Las langostas cayeron al canal de Inglaterra / y el mar las arrojó a la orilla.

NiJO.— Una vez fui al mar. Era muy solitario. / Me di cuenta de que daba bastante igual

GRET.— Ah, barco.

NiJO.— a donde fuera.

JUANA.— Y sus cuerpos se pudrieron y envenenaron el aire y todos murieron en aquellas zonas.

Risas.

ISABELLA.— * ¡Qué supersticiones! En China casi me asesina una chusma aullando. Creían que los bárbaros comían niños y los ponían bajo las traviesas del ferrocarril para acondicionar las vías, y les arrancaban los ojos para hacer las lentes de las cámaras. / Por eso chillaban.

MARLENE.— ¿Tenías una cámara?

ISABELLA.— “Devoradora de niños, devoradora de niños”. Algunos intentaban vender niñas pequeñitas a los europeos a cambio de cámaras o comida.

Risas.

MARLENE.— Así que exceptuando las langostas fue todo un éxito.

JUANA.— Sí, de no ser por el bebé que esperaba habría vivido una larga vida como Teodora de Alejandría, que vivió como una monja. La acusó una joven / que se enamoró de ella de ser el padre de su bebé y en lugar de decir que era una mujer ella...

NiJO.— Pero cuéntanos que pasó con tu bebé. Yo tuve varios.

MARLENE.— ¿No pensaste en deshacerte de él?

JUANA.— ¿No hubiera sido un pecado peor que tenerlo? / Pero un Papa con un hijo era prácticamente lo peor que podía ocurrir.

MARLENE.— No lo sé, tú eres el Papa.

JUANA.— Pero no hubiera sabido cómo deshacerme de él.

MARLENE.— Seguro que otros Papas tuvieron hijos.

JUANA.— Pero no los dejaron nacer.

NiJO.— Bueno, tú eras una mujer.

JUANA.— Exacto, y no hubiera debido serlo. Las mujeres, los niños y los lunáticos no pueden ser Papas.

MARLENE.— Por tanto lo único que había que hacer / era librarse de él de alguna manera.

NiJO.— Debiste darlo en adopción en secreto.

JUANA.— Pero yo no sabía lo que estaba pasando. Creí que estaba engordando, pues entonces comía más y estaba sentada, la vida de un Papa es bastante fastuosa. No creo

haber hablado con una mujer desde que tenía doce años. El chambelán fue el único en darse cuenta.

MARLENE.— Y para entonces era demasiado tarde.

JUANA.— Oh, yo no quería prestar atención. Era más fácil no hacer nada.

NIJO.— Pero tenías que intentar tenerlo. Tenías que decir que estabas enferma y que te marchabas.

JUANA.— Supongo que eso es lo que tenía que haber hecho.

MARLENE.— ¿Querías que los demás se enteraran?

NIJO.— Yo también me he encontrado en situaciones embarazosas, no es necesario formar un escándalo. Mi primer hijo era de Su Majestad, que por desgracia falleció, pero el segundo era de Akebono. Yo tenía diecisiete años. Estaba enamorado de mí cuando yo tenía trece años, se alteró mucho cuando tuve que ir con el Emperador, era muy romántico, muchos poemas. Como Su Majestad no se me había acercado en dos meses, pensó que estaba embarazada de cuatro meses cuando en realidad estaba de seis, así que cuando llegué a los nueve meses / anuncié que estaba gravemente enferma,

JUANA.— Nunca supe en qué mes estaba.

NIJO.— y Akebono anunció que se retiraba a un asilo religioso. Me rodeó la cintura y me alzó cuando nació el bebé. Cortó el cordón con una espada corta, envolvió al bebé en una tela blanca y se lo llevó. Era sólo una niña pero sentí perderla. Entonces le dije al Emperador que el bebé se había malogrado por culpa de mi enfermedad, y eso fue todo. El peligro había pasado.

JUANA.— Pero Nijo, yo no estaba acostumbrada a tener cuerpo de mujer.

ISABELLA.— ¿Y qué ocurrió?

JUANA.— Por supuesto yo no sabía que se acercaba el momento. Era el día de Rogativas, siempre se hacía una procesión. Yo iba a caballo vestida con mi capa y llevaban una cruz delante de mí, y todos los cardenales venían detrás y toda la curia de Roma, y un gran gentío. / Salimos de San Pedro para ir a San

MARLENE.— Toda un Papa.

JUANA.— Juan. Antes había sentido un ligero dolor, pensé que era algo que había comido, y entonces volvió y volvió cada vez más a menudo. Pensé cuando esto acabe me meteré en la cama. Aún había momentos en los que me encontraba perfectamente y no quería llamar la atención y estropear la ceremonia. De pronto comprendí de qué se trataba. Tenía que aguantar hasta que pudiera llegar a casa y esconderme. Entonces algo cambió, mi respiración empezó a fallar, ya no podía planear adecuadamente las cosas. Íbamos por una calle estrecha entre San Clemente y el Coliseo, y tuve que bajarme del caballo y sentarme un minuto. Grandes oleadas de presión recorrían mi cuerpo, oía sonidos como una vaca mugiendo, salían de mi boca. A lo lejos oí gritar a la gente, "El Papa está enfermo, el Papa se muere". Y el bebé simplemente se deslizó en la calle. *

MARLENE.— Los cardenales / no sabrían dónde meterse.

NIJO.— ¡Oh cielos, Juana, qué cosa tan tremenda! / ¡En la calle!

ISABELLA.— * Qué embarazoso.

GRET.— En un campo, ya.

Rien.

JUANA.— Un cardenal dijo, “¡El Anticristo!” y se desmayó.

Todas rien.

MARLENE.— ¿Y qué hicieron? No estarían muy contentos.

JUANA.— Me agarraron de los pies y me arrastraron fuera de la ciudad y me lapidaron a muerte.

Dejan de reír.

MARLENE.— Qué horror, Juana.

JUANA.— La verdad es que no lo recuerdo.

NIJO.— ¿Y el bebé también murió?

JUANA.— Sí, creo que sí.

Pausa.

ISABELLA.— Nunca tuve niños. Me encantaban los caballos.

NIJO.— Una vez vi a mi hija. Tenía tres años. Llevaba un vestido de manga corta / color ciruela. La esposa de Akebono

ISABELLA.— Birdie era mi favorita. Una pequeña yegua baya que monté en las montañas Rocosas.

NIJO.— se quedó con la niña porque la suya había muerto. La criaban bien para poder mandarla a palacio como a mí.

ISABELLA.— Patas de hierro y siempre alegre, con una cabeza bonita. Si la montaba un

extraño se encabritaba como un potro salvaje.

NIJO.— Jamás vi a mi tercer hijo después de nacer, el hijo del sacerdote Ariake. Ariake lo sostuvo en su regazo el día que nació y le habló como si pudiera entenderle, y lloró. Mi cuarto hijo también era de Ariake. Ariake murió antes de que naciera. Yo no quería ver a nadie, me quedé sola en las colinas. Era otro varón, mi tercer hijo. Pero curiosamente no sentí nada por él.

MARLENE.— ¿Cuántos hijos has tenido, Gret?

GRET.— Diez.

ISABELLA.— Siempre que volvía a Inglaterra sentía que tenía tanto que expiar. Hennie y John fueron tan buenos. No hice nada bueno en mi vida. Pasé años en la auto-complacencia. Así que me metí en comités, cuidé al pueblo de Tobermory en la epidemia de gripe, di conferencias para la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes y Pobres. Hablé y hablé / explicando que el Este era corrupto y vicioso y fui a Corea y a China no por placer sino en concreto para informar sobre las misiones. Mis viajes debían servirle a alguien además de a mí misma. Me agoté en buenas causas.

MARLENE.— Dios, ¿por qué somos todas tan desdichadas?

JUANA.— La procesión jamás volvió a pasar por esa calle.

MARLENE.— ¿La desviaron especialmente?

JUANA.— Sí, tenían que dar mucha vuelta para evitarla. E introdujeron una silla con un agujero.

MARLENE.— ¿Una silla agujereada?

JUANA.— Sí, una silla de sólido mármol con un agujero en el asiento / y estaba

MARLENE.— No lo dirás en serio.

JUANA.— en la capilla del Salvador, y tras ser elegido el Papa tenía que sentarse en ella.

MARLENE.— ¿Y alguien miraba debajo de sus faldones? / ¡No es posible!

ISABELLA.— Qué cosa tan extraordinaria.

JUANA.— Dos del clero / se aseguraban de que era un hombre.

NIJO.— ¡A cuatro patas!

MARLENE.— ¿Una silla con un agujero?

GRET.— ¡Pelotas!

NIJO.— ¿Por qué no se levantaba simplemente la túnica?

JUANA.— Tenía que quedarse ahí sentado con aspecto digno.

Están bastante borrachas. Risitas. Entra GRISELDA.

MARLENE.— ¡Griselda! / Bienvenida. ¿Quieres comer?

GRISELDA.— Lamento llegar tan tarde. No, no, no te molestes.

MARLENE.— No es ninguna molestia. / Has comido.

GRISELDA.— La verdad es que no, no tengo hambre.

MARLENE.— Pues toma un postre.

GRISELDA.— Nunca tomo postre.

MARLENE.— Griselda, espero que no seas anoréxica. Estamos tomando postre, yo también, y poniéndonos gordas y lustrosas.

GRISELDA.— Oh, si todas tomáis. No me importa.

MARLENE.— Bien, a quién conoces. Esta es Juana que fue Papisa en el siglo nueve, e Isabella Bird, la viajera victoriana, y Dama Nijo de Japón, concubina del emperador y monja budista, siglo trece, más cerca de tu época, y Gret a quien pintó Brueghel. Griselda sale en Boccaccio y en Chaucer por su extraordinario matrimonio. Voy a tomar profiteroles porque son repugnantes.

JUANA.— Zabaglione, por favor.

ISABELLA.— Tarta de manzana / con nata.

NIJO.— ¿Qué es eso?

MARLENE.— Zabaglione, es italiano, es lo que toma Juana, / es delicioso.

NIJO.— ¿Un postre / católico romano? Sí por favor.

MARLENE.— ¿Gret?

GRET.— Bizcocho.

GRISELDA.— Sólo queso con galletas, gracias.

MARLENE.— Sí, la vida de Griselda es como un cuento de hadas, sólo que empieza casándose con el príncipe.

GRISELDA.— Sólo es un marqués, Marlene.

MARLENE.— Bueno, todos en millas a la redonda son sus vasallos y es el señor absoluto de la vida y la muerte y tú eras la campe-

sina pobre pero hermosa y él te raptó. / Más o menos como un príncipe.

NIJO.— ¿Cuántos años tenías?

GRISELDA.— Quince.

NIJO.— Me criaron en círculos cortesanos y aún así era un shock. ¿Lo habías visto antes?

GRISELDA.— Lo había visto pasar a caballo, como todas. Y él me había visto en los campos con las ovejas. *

ISABELLA.— Se me habría dado muy bien cuidar ovejas.

NIJO.— Y con el señor Nugent pasando a caballo.

ISABELLA.— Claro que no, Nijo, me refiero a una vida sana al aire libre.

JUANA.— * ¿Simplemente pasó a caballo mientras cuidabas ovejas y te pidió que te casaras con él?

GRISELDA.— No, no, fue el día de la boda. Yo esperaba detrás de la puerta para ver la procesión. Todos querían que se casara para que tuviera un heredero que nos cuidara cuando él muriera, / y al final él

MARLENE.— No creo que Walter quisiera casarse. Es Walter, ¿verdad? Sí.

GRISELDA.— anunció un día para la boda pero nadie sabía quién era la novia, pensamos que debía ser una princesa extranjera, estábamos ansiosos por verla. Entonces la carroza se detuvo delante de nuestra granja y no veíamos a la novia por ningún lado. Y él vino a hablar con mi padre.

NIJO.— Y tu padre te dijo que sirvieras al príncipe.

GRISELDA.— Mi padre a duras penas podía hablar. El marqués dijo que no se trataba de una orden, que yo podía decir que no, pero que si decía que sí tenía que obedecerle en todo.

MARLENE.— Ahí debiste sospechar.

GRISELDA.— Pero claro que una esposa debe obedecer a su marido. / Y claro que tenía que obedecer al marqués. *

ISABELLA.— Yo juré que obedecería a mi amado John, por supuesto, pero no hubo ocasión. Por supuesto no hubiera querido ir al extranjero estando casada.

MARLENE.— * Entonces ¿por qué mencionarlo? Lo sabía, esa es la razón.

GRISELDA.— Yo prefería obedecer al marqués antes que a un chico del pueblo.

MARLENE.— Sí, eso es precisamente.

JUANA.— Nunca obedecía a nadie. Todos me obedecían a mí.

NIJO.— ¿Y qué vestiste? ¿No te hizo casarte con tus propias ropas? Eso sería perverso. *

MARLENE.— Eh, espera.

GRISELDA.— * Venían damas con él que me desvistieron y me pusieron un vestido de seda blanca y joyas en el pelo.

MARLENE.— ¿Y al principio parecía perfectamente normal?

GRISELDA.— Marlene, siempre eres tan crítica con él. / Claro que era normal, era muy amable.

MARLENE.— Pero Griselda, vamos, te quitó a tu hijo.

GRISELDA.— A Walter le costaba creer que yo le amaba. No se podía creer que le obedecería siempre. Tenía que comprobarlo.

MARLENE.— No creo que a Walter le gustaran las mujeres.

GRISELDA.— Estoy segura de que me amó, Marlene, todo el tiempo.

MARLENE.— Pues tenía una manera un poco rara de demostrarlo.

GRISELDA.— También fue duro para él.

JUANA.— ¿Qué quieres decir con que te quitó al niño?

NIJO.— ¿Era un varón?

GRISELDA.— No, la primera fue una niña.

NIJO.— Incluso así es duro que se la lleven. ¿Llegaste a verla?

GRISELDA.— Sí, tenía seis semanas.

NIJO.— Es mucho mejor hacerlo en seguida.

ISABELLA.— ¿Pero por qué tu marido se llevó a la bebé?

GRISELDA.— Dijo que todo el pueblo me odiaba porque sólo era una de ellos. Y ahora que tenía la bebé estaban inquietos. Así que tenía que desembarazarse de la bebé para que se tranquilizaran. Pero dijo que no la secuestraría, tuve que consentir y obedecerle y dársela. Y cuando la estaba amamantando entró un hombre y se la llevó. Pensé que la iba a matar incluso antes de que saliera de la habitación.

MARLENE.— ¿Pero dejaste que se la llevara? ¿No peleaste?

GRISELDA.— Le pedí que me la devolviera para poder besarla. Y le pedí que la enterrara donde ningún animal pudiera desenterrarla. / Era hija de Walter para hacer lo que

ISABELLA.— Oh pobrecilla.

GRISELDA.— quisiera con ella.

MARLENE.— Walter estaba chiflado.

GRET.— Cabrón.

ISABELLA.— Pero sin duda un asesino.

GRISELDA.— Yo había prometido.

MARLENE.— No aguanto esto. Voy a hacer pis.

Sale.

NIJO.— No, lo comprendo. Por supuesto tenías que hacerlo, era tu vida. ¿Y seguiste gozando de sus favores después?

GRISELDA.— Oh sí, éramos muy felices. Nunca hablamos de lo ocurrido.

ISABELLA.— Entiendo que hacías lo que pensabas, era tu deber. ¿Pero no te puso enferma?

GRISELDA.— No, me encontraba muy bien, gracias.

NIJO.— ¿Y tuviste otro hijo?

GRISELDA.— Durante cuatro años no, pero después sí, un varón.

NIJO.— Ah, un varón. / Así que todo acabó felizmente.

GRISELDA.— con mi l
nieto de
mucho.

ISABELLA.— P
hijos / so

GRISELDA.—
hubiera
yo lo am

JUANA.— ¿M
bas lo ba

NIJO.— ¿Fu
duro?

GRISELDA.—
pre sup

ISABELLA.— E

GRISELDA.—
años has

ISABELLA.— ¿
bre Joh
bría pas

GRISELDA.—
que se o
un here
del Pap
casa co
que me

NIJO.— Es
quiere.

GRISELDA.—
no sent

NIJO.— Por
to. / Yo

GRISELDA.— Sí, él estaba contento. Me quedé con mi hijo hasta que tuvo dos años. El nieto de un campesino. La gente se enfadó mucho. Walter explicó.

ISABELLA.— Pero seguramente no mataría a sus hijos / sólo porque...

GRISELDA.— Oh, no era verdad. Walter nunca hubiera cedido ante la gente. Quería ver si yo lo amaba lo bastante.

JUANA.— ¿Mató a sus hijos / para ver si lo amabas lo bastante?

NIJO.— ¿Fue más fácil la segunda vez o más duro?

GRISELDA.— Siempre fue fácil porque yo siempre supe que haría lo que él dijera.

ISABELLA.— Espero que no tuvieras más hijos.

GRISELDA.— Oh no, ya no más. Pasaron doce años hasta que volvió a ponerme a prueba.

ISABELLA.— ¿Y qué diablos hizo esa vez? Mi pobre John, nunca lo amé, pero ni se le habría pasado por la cabeza...

GRISELDA.— Me echó. Dijo que la gente quería que se casara con otra mujer que le diera un heredero y logró un permiso especial del Papa. Entonces le dije que me volvía a casa con mi padre. Llegué sin nada / así que me fui sin nada. Me quité

NIJO.— Es mejor marcharse si tu señor no te quiere.

GRISELDA.— las ropas. Me dejó una enagua para no sentirse avergonzado.

NIJO.— Por lo menos tu padre no había muerto. / Yo no tenía a nadie.

ISABELLA.— Bueno, volver a casa puede ser un alivio. Me encantó volver a ver la dulce cara de Hennie.

GRISELDA.— Oh sí, yo estaba muy contenta. Y muy pronto volvió a llamarme.

JUANA.— No creo que yo hubiera ido.

GRISELDA.— Pero me dijo que volviera. Tenía que obedecerle. Quería que le ayudara a preparar su enlace. Se iba a casar con una joven francesa / y nadie más que yo sabía organizar las cosas como a él le gustaban.

NIJO.— Resulta siempre duro que tomen otra esposa.

JUANA.— Yo no viví una vida de mujer. No lo comprendo.

GRISELDA.— La joven tenía dieciseis años y era mucho más hermosa que yo. Me di cuenta de por qué la amaba. / Traía consigo a su hermano menor como paje.

MARLENE vuelve.

MARLENE.— Dios mío, no puedo soportarlo. Quiero café. Seis cafés. Seis brandies. / Dobles.

GRISELDA.— Todos acudieron a la fiesta que preparé. Él se detuvo y me rodeó con sus brazos y me besó. / Casi me quedo dormida del shock.

NIJO.— Oh, como un sueño.

MARLENE.— Y dijo, "Estos son tu hija y tu hijo".

GRISELDA.— Sí.

JUANA.— ¿Qué?

NiJO.— Oh. Oh ya entiendo. Los recuperaste.

ISABELLA.— Pensé que era una auténtica barbaridad matarlos pero aprendes a no decir nada. / Así que supongo que se los criaron en secreto.

MARLENE.— Walter era un monstruo. ¿No te enfadaste? ¿Qué hiciste?

GRISELDA.— Pues me desmayé. Luego lloré y besé a los niños. / Todo el mundo me hizo fiestas.

NiJO.— ¿Pero sentías algo por ellos?

GRISELDA.— ¿Qué?

NiJO.— ¿Sentías algo por los niños?

GRISELDA.— Por supuesto, los amaba.

JUANA.— ¿Y le perdonaste y viviste con él?

GRISELDA.— Sufrió tanto todos esos años.

ISABELLA.— Hennie tenía ese mismo carácter tan dulce.

NiJO.— ¿Y te volvieron a vestir?

GRISELDA.— Ropas de oro.

JUANA.— Yo no puedo perdonar nada.

MARLENE.— Eres realmente excepcional, Griselda.

NiJO.— Nadie me devolvió a mis hijos.

Llora. La CAMARERA trae los cafés y los brandies.

ISABELLA.— Nunca podré ser como Hennie. Yo estaba siempre tan ocupada en Inglaterra, una clase de ocupación que detestaba. La

mera presencia de la gente agotaba mis reservas emocionales. No podía ser como Hennie y sin embargo lo intenté. Lo intenté y me puse muy enferma. El médico sugirió una malla de acero que me sujetara la cabeza, el peso de mi cabeza era demasiado para mi columna enferma. Es peligroso vivir en circunstancias depresivas. ¿Por qué iba a hacerlo?

JUANA.— No llores.

NiJO.— Mi padre y el Emperador murieron los dos en otoño. Cuánto dolor.

JUANA.— Sí, pero no llores.

NiJO.— No me dejaron entrar en palacio cuando se estaba muriendo. Me escondí en la sala con su ataúd, luego no pude encontrar mis zapatos, corrí detrás de la procesión funeraria descalza, no podía sostenerme. Cuando llegué había terminado, unos jirones de humo en el cielo eran todo lo que quedaba de él. Lo que me gustaría saber es, si hubiera seguido en la corte, ¿me habrían permitido llevar luto?

MARLENE.— Seguro que sí.

NiJO.— ¿Por qué lo dices? No sabes nada de todo aquello. ¿Me hubieran permitido llevar luto completo?

ISABELLA.— ¿Cómo puede la gente vivir en esta isla tediosa y descolorida y llevar nuestras ropas espantosas? Ni he vivido ni viviré la vida de una dama.

NiJO.— Te contaré algo que me enfadó. Tenía dieciocho años, era la Ceremonia de la Luna Llena. Hacen unas gachas de arroz especiales y las remueven con sus palillos, luego azotan a sus mujeres en la espalda

para que tengan varones y no hembras. /
Así que

MARLENE.— Qué estupidez.

NiJO.— el Emperador nos golpeó a todas tan fuerte como siempre —no es eso, Marlene, es normal—, lo que nos hizo enfadar es que les dijo a sus ayudantes que nos podían pegar también. / Entonces Dama

MARLENE.— Tomaré otro brandy por favor. Mejor traiga seis.

NiJO.— Genki y yo ideamos un plan, y todas las damas se escondieron en sus aposentos, y Dama Mashimizu se quedó de guardia con un palo en la puerta, y cuando Su Majestad entró Genki lo sujetó y yo le pegué hasta que gritó y prometió que jamás volvería a ordenar a nadie que nos pegara. Después hubo un revuelo terrible. Los nobles estaban horrorizados. “No soñaríamos siquiera con pisar la sombra de su Majestad”. Y yo le había golpeado con un palo. Sí, le golpeé con un palo.

JUANA.— Suave, mari magno turbantibus aequora ventis
et terra magnum alterius spectare laborem;
non quia vexari quemquamst iucunda voluptas,
sed quibus ipse malis careas quia cernere suave est.
Suave etiam belli / certamina magna tueri

GRISELDA.— Creo —me pregunto— que habría sido mejor si Walter no hubiera tenido que hacerlo.

JUANA.— per campos instructa tua sine parte pericli.

Sed nil dulcius est, bene quam munita tenere.

edita doctrina sapientum templa serena,
despicere unde queas alios passimque videre
errare atque viam / palantis quaerere vitae,

ISABELLA.— ¿Por qué debería? ¿Por qué debería?

MARLENE.— Claro que no.

NiJO.— Le pegué con un palo.

JUANA.— certare ingenio, contendere nobilitate,
noctes atque dies niti praestante labore
ad summas emergere opes rerumque potiri.
O miseras hominum mentis, o pectora caeca!
qualibus in tenebris vitae quantisque periculis
degitur hoc aevi quodcumquest! nonne
videre

nil aliud sibi naturam latrare, nisi utqui
corpore seiunctus dolor absit, / mente fruatur
iucundo sensu cura semota metuque ?
ergo corpoream ad naturam pauca videmus
esse opus omnino, quae dement cumque dolore,
delicias quoque uti multas substernere possint.

Gratius interdum neque natura ipsa requirit,
si non aurea sunt iuvenum simulacra per
aedes
lampadas igniferas manibus retinentia
dextris,
lumina nocturnis epulis ut suppeditentur,
nec domus argento fulget auroque renidet
nec citharae reboant laqueata aurataque
templa

JUANA se va apagando gradualmente bajo el monólogo de GRET.

GRET.— Venimos al infierno a través de una boca inmensa. El infierno es negro y rojo. Es como el pueblo del que provengo. Hay un río y un puente y casas. Hay lugares en llamas como cuando vienen los soldados. Hay un gran demonio sentado en un tejado con un gran agujero en el trasero sacando

materia de él con un cucharón y se nos cae encima, y es dinero, así que muchas mujeres se paran y recogen algo. Pero la mayoría de nosotros lucha contra los diablos. Hay montones de diablillos de nuestro tamaño, y los bajamos y les damos una buena tunda. Hay montones de criaturas raras a tus pies, no te gusta miraras, como ratas y lagartos, y cosas aviesas, un culo con cara, y peces con piernas, y caras en cosas que no tienen cara. Pero no hacen daño, puedes seguir caminando. Bueno los tuvimos peores, sabéis, como los españoles. Todos teníamos familiares muertos. Hombres con ruedas. Bebés ensartados en espadas. Yo no podía más, estaba loca, odio a esos cabrones. Salgo de la entrada de mi casa esa mañana y grito hasta que las vecinas salen y digo "Vamos, vamos allí de donde brota el mal y démosles su merecido a esos cabrones." Y todas salen tal y como están cocinando o lavando con sus delantales, y corremos calle abajo y el suelo se abre y caemos en una enorme boca hasta una calle como la nuestra pero es el infierno. Tengo una espada en la mano sacada de algún lugar y lleno un capazo de tazas de oro con las que beben allí abajo. Y sigues corriendo y luchando, no paras ni un momento. Oh qué paliza les dimos a esos demonios.

JUANA.— Algo algo algo algo mortisque timores tum vacuum pectus —maldición.

Quod si ridicula
—algo algo más y más
y y algo splendorem purpureai.

ISABELLA.— Pensé hacer una última excursión por el río del oeste en China. ¿Por qué no? Pero los doctores se pusieron tan serios que sólo fui a Marruecos. El mar estaba tan enfurecido que tuvieron que bajarme a tierra por el pescante del barco en un cubo de carbón. Mi caballo me aterraba / un

JUANA.— nos in luce timemus
algo
terrorem

ISABELLA.— poderoso caballo negro de batalla.

Niño está llorando.

JUANA se levanta y se va mareada a una esquina.

MARLENE está bebiendo el brandy de ISABELLA.

Así que allá me fui a visitar los jeques beberes con sus amplios pantalones azules y grandes espuelas de cobre. Yo era la única mujer europea que había visto al Emperador de Marruecos. Tenía setenta años. Qué camino tan largo para una última oportunidad de júbilo. Sabía que la reaparición de mi vigor era sólo temporal, pero fue maravilloso mientras duró.

JEANINE.— ¿Sería mejor que no?

MARLENE.— Podría ser de ayuda.

JEANINE.— No llevo anillo. Pensamos que mejor no gastar en anillos.

MARLENE.— Puedes quitártelo.

JEANINE.— No me lo quitaría.

MARLENE.— No es preciso que lo menciones en una entrevista. / Bien

JEANINE.— Pero ¿y si me preguntan?

MARLENE.— Jeanine, ¿te interesa algún tipo de compañía en concreto?

JEANINE.— He pensado en publicidad.

MARLENE.— La gente suele pensar en publicidad. Tengo unas cuantas ofertas pero creo que buscan algo más brillante.

JEANINE.— ¿Lo dice por cómo me visto? / Puedo

MARLENE.— Me refiero a la experiencia.

JEANINE.— vestirme de otro modo. Ahora me visto así aposta, por donde trabajo.

MARLENE.— Aquí tengo un departamento de marketing de un fabricante de punto. / El marketing es muy parecido.

JEANINE.— ¿Al punto?

MARLENE.— A la publicidad. Secretaria del director de marketing, que tiene treinta y cinco años, casado, le mandé a una chica antes y estaba contenta, se marchó para tener un niño, ni se te ocurra mencionar tu boda con él. Creo que es muy agradable, bueno en su trabajo, no tendrás que cui-

darle. Ciento diez, que es más de lo que ganas ahora.

JEANINE.— No sé.

MARLENE.— Aquí tengo un negocio bastante pequeño, padre y dos hijos, tendrías más, digamos potencialmente, obligaciones de secretaria y recepcionista, sólo cien pero el puesto crecerá con el negocio y entonces estarás en la cima con chicas nuevas por debajo de ti.

JEANINE.— ¿Qué es lo que hacen?

MARLENE.— Pantallas para lámparas. / Esta sería mi primera elección para ti.

JEANINE.— ¿Sólo pantallas?

MARLENE.— Hay muchas clases de pantallas. Bueno pues te mandamos allí, te parece, y el punto como segunda opción. ¿Estás libre para ir a una entrevista el día que te llamen?

JEANINE.— Me gustaría viajar.

MARLENE.— No tenemos clientes extranjeros. Tendrás que ir a otra agencia.

JEANINE.— Sí ya sé, la verdad es que no... quiero decir...

MARLENE.— ¿Tu novio quiere viajar?

JEANINE.— Me gustaría un trabajo en Londres para estar con él y todo eso pero de vez en cuando —supongo que es una tontería. ¿Existen trabajos así?

MARLENE.— Está el de asistente personal de un alto ejecutivo de una multinacional. Si ésa es tu idea necesitas planearlo con tiempo. ¿Es eso lo que quieres ser dentro de diez años?

JEANINE.— Puede que no esté viva dentro de diez años.

MARLENE.— Sí, pero lo estarás. Y con hijos.

JEANINE.— No puedo pensar para dentro de diez años.

MARLENE.— De todos modos no tienes prisa. Así que te enviaré a estos dos sitios, ¿de acuerdo? No has estado en otra agencia, ¿verdad? Sólo por no interferirnos. Bien Jeanine quiero que consigas uno de estos puestos, ¿vale? Si te envió significa que me

estoy exponiendo por ti. Tu presencia está bien, tienes buen aspecto, ten confianza y ve allí convencida de que es el mejor trabajo para ti y de que tú eres la mejor para ese trabajo. Si tú no lo crees ellos tampoco lo creerán.

JEANINE.— ¿Usted lo cree?

MARLENE.— Creo que conseguirías que lo creyese si quisieras.

JEANINE.— Sí, de acuerdo.

Escena Tercera

El patio trasero de JOYCE. La casa con la puerta trasera está al fondo del escenario. Hacia el proscenio un escondite de chatarra, hecho por niños. Dos adolescentes, ANGIE y KIT, están dentro, apretujadas. ANGIE tiene 16 años, KIT 12. No se las ve desde la casa. JOYCE llama desde la casa.

JOYCE.— Angie. Angie, ¿estás ahí fuera ?

Silencio. Se quedan calladas y esperan. Al ver que no pasa nada se relajan.

ANGIE.— Ojalá se muera.

KIT.— ¿Quieres que veamos *El exterminador*?

ANGIE.— Te has sentado encima de mi pierna.

KIT.— No hay nada en la tele. Podríamos tomar un helado. ¿Angie?

ANGIE.— ¿Te cuento una cosa?

KIT.— ¿Te apetece ver *El exterminador*?

ANGIE.— Es X, ¿no?

KIT.— Yo sé entrar en X.

ANGIE.— ¿Te cuento una cosa?

KIT.— Vamos a hacer otra cosa. Vamos a Ipswich. ¿Qué ponen en el Odeon?

ANGIE.— No me dejará, ya verás.

KIT.— No se lo digas.

- ANGIE.— No tengo dinero.
- KIT.— Pagaré yo.
- ANGIE.— Pero se quejará de todos modos, vas a ver.
- KIT.— Si quieres se lo pregunto yo.
- ANGIE.— No tengo un duro, no quiero que pagues tú.
- KIT.— Se lo preguntaré.
- ANGIE.— No le caes bien.
- KIT.— Me quedan tres libras de mi cumpleaños. ¿Ha dicho que no le caigo bien? Entonces iré yo sola.
- ANGIE.— Tu madre no te deja. Tengo que acompañarte.
- KIT.— No se enterará.
- ANGIE.— Te dará miedo que alguien se siente a tu lado.
- KIT.— De eso nada.
De todos modos sí le caigo bien. Bueno dime.
- ANGIE.— ¿Qué te diga qué?
- KIT.— Tú eres la que no le caes bien.
- ANGIE.— A mí ella tampoco así que a la mierda.
- JOYCE.— *(Fuera)* Angie. Angie. Angie. Sé que estás ahí fuera. No pienso salir a buscarte. Entra en casa.
- Silencio. No ocurre nada.*
- ANGIE.— Anoche cuando estaba en la cama. Ayer estuve pensando si podría hacer que las cosas se muevan. Sabes, hacer que las cosas se muevan pensando en ellas sin tocarlas. Anoche estaba en la cama y de pronto una foto se cayó de la pared.
- KIT.— ¿Qué foto?
- ANGIE.— La de abuela. No el póster. La fotografía enmarcada.
- KIT.— ¿Hiciste algo para que se cayera?
- ANGIE.— Debo haberlo hecho.
- KIT.— ¿Pero pensabas en la foto?
- ANGIE.— En ella no, pero en algo.
- KIT.— No creo que eso sea bueno.
- ANGIE.— ¿Sabes el gatito?
- KIT.— ¿Cuál?
- ANGIE.— Sólo hay uno. El que murió.
- KIT.— ¿Y qué?
- ANGIE.— Anoche le oí.
- KIT.— ¿Dónde?
- ANGIE.— Aquí fuera. En la oscuridad. ¿Y si te dejara aquí en la oscuridad toda la noche?
- KIT.— No podrías. Me iría a casa.
- ANGIE.— No podrías.
- KIT.— Me / iría a casa.
- ANGIE.— No podrías, no si yo lo dijera.
- KIT.— Sí que podría.
- ANGIE.— Y no voy a ser tan norante.
- KIT.— Puedo venir.
- ANGIE.— No puedo.
- KIT.— No quiero.
- ANGIE.— Lo que sea.
- KIT.— No me da miedo.
- ANGIE.— Te da miedo.
- KIT.— Además no me da miedo. Oíste a un gatito viejo.
- ANGIE.— No sabes nada. No sabes nada por lo que sea.
- KIT.— Estás sentada.
- ANGIE.— Cuidado.
- KIT.— Perra estúpida.
- ANGIE.— Me da miedo.
- KIT.— Eres horrible.
- ANGIE.— Voy a matarte.
- KIT.— No estoy parando.
- ANGIE.— Te da miedo.
- KIT mete la mano b
sangre en el dedo
- KIT.— Anda, mira, que veas.
- ANGIE coge la mano

ANGIE.— Y no verías nada. Sólo serías una ignorante.

KIT.— Puedo verlo de día.

ANGIE.— No puedes. No se le oye de día.

KIT.— No quiero oírle.

ANGIE.— Lo que pasa es que te da miedo.

KIT.— No me da miedo nada.

ANGIE.— Te da miedo la sangre.

KIT.— Además no es el mismo gatito. Sólo oíste a un gato viejo, / sólo oíste a un gato viejo.

ANGIE.— No sabes lo que oí. O lo que vi. No sabes nada porque eres pequeña.

KIT.— Estás sentada encima de mí.

ANGIE.— Cuidado con mi pelo / guarra.

KIT.— Perra estúpida, te odio.

ANGIE.— Me da igual.

KIT.— Eres horrible.

ANGIE.— Voy a matar a mi madre y tú vas a mirar.

KIT.— No estoy para bromas.

ANGIE.— Te da miedo la sangre.

KIT *mete la mano bajo su vestido, la saca con sangre en el dedo.*

KIT.— Anda, mira, es mi propia sangre, para que veas.

ANGIE *coge la mano de KIT y le chupa el dedo.*

ANGIE.— Ahora soy una caníbal. A lo mejor me he convertido en vampiro.

KIT.— Esa foto no estaba bien colgada.

ANGIE.— Tendrás que hacerlo cuando yo la tenga.

KIT.— No tengo por qué.

ANGIE.— Te da miedo.

KIT.— Lo haré, puedo hacerlo. No tengo que hacerlo porque tú lo digas. Te vomitaré encima.

ANGIE.— Me da igual que me vomites encima, no me importa el vómito. No me importa la sangre. Si no puedo marcharme de aquí me voy a morir.

KIT.— Me voy a casa.

ANGIE.— No puedes salir por la casa. Te verá.

KIT.— No le diré nada.

ANGIE.— Genial, estupendo.

KIT.— Diré que estaba yo sola. Le diré que estás en mi casa y que voy a buscarte.

ANGIE.— Sabe que estoy aquí, estúpida.

KIT.— ¿Entonces por qué no puedo salir por la casa?

ANGIE.— Porque te he dicho que no.

KIT.— A mi mamá tampoco le caes bien.

ANGIE.— No quiero caerle bien. Es una puta.

KIT.— No lo es.

ANGIE.— Se lo hace con cualquiera.

KIT.— No es verdad.

ANGIE.— No sabes a qué me refiero.

KIT.— Sí lo sé.

ANGIE.— Pues dímelo.

KIT.— Nos lo explican todo en el colegio, lista. Sale en la tele. Tú no lo has hecho.

ANGIE.— ¿Cómo lo sabes?

KIT.— Porque sé que no.

ANGIE.— Pues te equivocas porque sí lo he hecho.

KIT.— ¿Con quién?

ANGIE.— No pienso decirte / con quién.

KIT.— Pero no lo has hecho.

ANGIE.— ¿Cómo lo sabes?

KIT.— ¿Con quién?

ANGIE.— No te lo voy a decir.

KIT.— Dijiste que me lo contabas todo.

ANGIE.— Pues era mentira.

KIT.— ¿Con quién? No puedes decirme con quién porque / tú nunca...

ANGIE.— Chsstt.

JOYCE sale de la casa. Se para en la mitad del jardín y escucha. Ellas escuchan.

JOYCE.— ¿Estás ahí Angie? ¿Kit? ¿Estás ahí Kitty? ¿Queréis una taza de té? Tengo ga-

lletas de chocolate. Ahora entrad que pongo la tetera. ¿Quieres un chocolatito, Angie?

Todas escuchan y esperan.

Zorrita podrida. Puedes quedarte ahí y reventar. Atrancaré la puerta trasera.

Todas esperan.

JOYCE vuelve a la casa

ANGIE y KIT, sentadas en silencio un rato.

KIT.— Cuando hay guerra, ¿cuál es el sitio más seguro?

ANGIE.— Ninguno.

KIT.— Es Nueva Zelanda, lo dijo mi madre. Se te cae la piel a tiras. ¿Nos vamos a Nueva Zelanda?

ANGIE.— No tienes edad.

KIT.— No tienes edad.

ANGIE.— Tengo edad para casarme.

KIT.— No quieres casarte.

ANGIE.— No pero sí tengo edad.

KIT.— Descubriré dónde la van a lanzar y me quedaré justo en el sitio.

ANGIE.— No podrías enterarte.

KIT.— Es mejor que deambular con la piel colgando hasta el suelo. Puaf. / ¿Te gustaría deambular con la piel colgando hasta el suelo?

ANGIE.— No te enterarías, cretina, es un secreto.

KIT.— ¿Dónde vas?

ANGIE.— No te lo pienso decir.

KIT.— ¿Por qué?

ANGIE.— Es un secreto.

KIT.— Pero si me cuentas todos tus secretos.

ANGIE.— Pero no los secretos de verdad.

KIT.— Sí que me los cuentas.

ANGIE.— Pues no.

KIT.— Quiero irme a algún sitio lejos de la guerra.

ANGIE.— Olvídate de la guerra.

KIT.— No puedo.

ANGIE.— Debes. Es un rollo.

KIT.— Me acordaré esta noche.

ANGIE.— No va a haber guerra. Ninguna guerra. Ninguna guerra. ¿Vale? Ninguna guerra. Ahora calla la boca.

KIT.— ¿Cómo lo sabes?

ANGIE.— ¿Cómo sabes que sí?

KIT.— ¿Cómo sabes que no?

ANGIE.— De todos modos voy a hacer otra cosa.

KIT.— ¿Qué? Angie venga. Angie.

ANGIE.— Es un secreto.

KIT.— No puede ser peor que el gatito. O matar a tu madre. O la guerra.

ANGIE.— Pues no te lo pienso contar así que te puedes morir para lo que me importa.

KIT.— Mi madre dice que es muy raro que juegues con alguien de mi edad. Dice que por qué no tienes amigos de tu edad. La gente de tu edad sabe que eres un poco rara. Dice que eres una mala influencia. Dice que va a hablar con tu madre.

ANGIE *le pellizca el brazo hasta hacerla gritar.*

ANGIE.— Di que eres una mentirosa.

KIT.— Lo ha dicho ella no yo.

ANGIE.— Di que comes mierda.

KIT.— No puedes obligarme.

ANGIE *la suelta.*

ANGIE.— Además no me importa. Me marchó.

KIT.— Venga, hazlo.

ANGIE.— Te despertarás una mañana y descubrirás que me he ido.

KIT.— Bueno.

ANGIE.— No voy a decirte cuándo.

KIT.— Pues vale.

ANGIE.— Siento haberte hecho daño.

KIT.— Estoy cansada.

ANGIE.— ¿Te caigo bien?

KIT.— No lo sé.

ANGIE.— Sí que te caigo bien.

KIT.— Me voy a casa.

ANGIE.— No no te vas.

- KIT.— Estoy cansada.
- ANGIE.— Te va a ver.
- KIT.— Me dará una galleta de chocolate.
- ANGIE.— Kitty.
- KIT.— Dime dónde vas.
- ANGIE.— Siéntate.
- KIT.— Venga dilo.
- ANGIE.— ¿Juras?
- KIT.— Juro.
- ANGIE.— Me voy a Londres. A ver a mi tía.
- KIT.— ¿Y qué?
- ANGIE.— Pues eso.
- KIT.— Yo veo a mi tía todo el tiempo.
- ANGIE.— Yo no veo a mi tía.
- KIT.— ¿Y qué tiene de especial?
- ANGIE.— Es especial. Ella es especial.
- KIT.— ¿Por qué?
- ANGIE.— Porque lo es.
- KIT.— ¿Por qué?
- ANGIE.— Lo es.
- KIT.— ¿Por qué?
- ANGIE.— Mi madre la odia.
- KIT.— ¿Por qué?
- ANGIE.— Porque sí.
- KIT.— A lo mejor no es buena.
- ANGIE.— Es buena.
- KIT.— ¿Cómo lo sabes?
- ANGIE.— Porque la conozco.
- KIT.— Dijiste que nunca la habías visto.
- ANGIE.— La vi el año pasado. Y tú la viste.
- KIT.— ¿Sí?
- ANGIE.— No importa.
- KIT.— La recuerdo. Esa tía. ¿Qué tiene de especial?
- ANGIE.— Le encuentra trabajo a la gente.
- KIT.— ¿Y qué tiene de especial?
- ANGIE.— Creo que soy hija de mi tía. Creo que mi madre es realmente mi tía.
- KIT.— ¿Por qué?
- ANGIE.— Porque lo sé, ahora cállate.
- KIT.— Yo he estado en Londres.
- ANGIE.— Ahora démonos un abrazo y cállate porque estoy mareada.
- KIT.— Te has sentado en mi brazo.
- JOYCE sale y se les acerca silenciosamente.
- JOYCE.— Vamos.
- KIT.— Hola.

JOYCE.— Es hora de que vuelvas a casa.

KIT.— Queremos ir al Odeon.

JOYCE.— ¿A qué hora?

KIT.— No sabemos.

JOYCE.— ¿Qué ponen?

KIT.— No sabemos.

JOYCE.— No sabéis mucho ¿verdad?

KIT.— ¿Entonces podemos?

JOYCE.— Primero Angie tiene que limpiar su cuarto.

ANGIE.— De eso nada.

JOYCE.— Sí que tienes, está hecho una pocilga.

ANGIE.— No pienso.

JOYCE.— Entonces no vas. A mí me da igual.

ANGIE.— Sí voy.

JOYCE.— No tienes dinero, a que no.

ANGIE.— Además va a pagar Kit.

JOYCE.— De eso nada.

KIT.— Te ayudaré con tu cuarto.

JOYCE.— Qué amable.

ANGIE.— De eso nada. Espera ahí.

ANGIE entra en la casa. Silencio.

JOYCE.— No sé.

Silencio.

¿Qué tal en el colegio?

KIT.— Bien.

JOYCE.— ¿En qué curso estás? ¿Tercero?

KIT.— Segundo.

JOYCE.— Tu madre dice que vas muy bien en lengua.

Silencio.

Tal vez Angie hubiera debido seguir.

KIT.— No le gustaba.

JOYCE.— A mí no me gustaba. Y fíjate en mí. Si encajas bien en el colegio encajarás bien en otros sitios. No cambiaría nada para Angie. No va a encontrar trabajo estando como está de difícil. Pobre del que estuviera a cargo de ella. Sería mejor que se casase. No sé quién la querría, la verdad. Es una de esas chicas que nunca se van de casa. ¿Qué quieres ser de mayor, Kit?

KIT.— Físico.

JOYCE.— ¿Qué?

KIT.— Físico nuclear.

JOYCE.— ¿Para qué?

KIT.— Podría, soy lista.

JOYCE.— Ya sé que eres lista, preciosa.

Silencio.

Voy a hacer té.

Silencio.

Parece que va a llover.

Silencio.

¿No tienes amigos de tu edad?

KIT.— Sí.

JOYCE.— Qué bien.

KIT.— Soy mayor para mi edad.

JOYCE.— Y Angie es muy sencilla, ¿verdad?
Pues no es sencilla.

KIT.— Quiero mucho a Angie.

JOYCE.— Es lista a su manera.

KIT.— No puede impedírmelo.

JOYCE.— No seas descarada, Kitty. Ella siempre es amable con los niños.

KIT.— Ya viene así que mejor déjeme en paz.

ANGIE sale de la casa. Se ha puesto un viejo vestido de fiesta, algo pequeño ya.

JOYCE.— ¿Por qué te has puesto eso? ¿Has recogido tu cuarto? No puedes limpiar tu cuarto así vestida.

ANGIE.— Miré en el armario y ahí estaba.

JOYCE.— Claro que estaba ahí, es donde tiene que estar. ¿Es que ha sido una sorpresa encontrar algo en su sitio? Creo que se ha sorprendido, no te parece Kit, de encontrar algo en su cuarto que esté en su sitio.

ANGIE.— He decidido ponérmelo.

JOYCE.— Hoy no, ¿para qué? ¿Para limpiar tu cuarto? No vas a ir al cine hasta que limpies tu cuarto. Puedes ponerte el vestido después si quieres.

ANGIE se agacha en los escombros del refugio y coge un ladrillo.

¿Has recogido tu cuarto? No te vas a librar, sabes.

KIT.— Angie, vamos.

JOYCE.— No se va hasta que recoja su cuarto.

KIT.— Está empezando a llover.

JOYCE.— Pues vamos, vamos. Date prisa y recoge tu cuarto, Angie, y entonces podrás ir al cine con Kit. Vamos, que llueve. Miraremos la hora en el periódico. Lo sabe tu madre, Kit, vais a volver tarde para ti, no crees. Date prisa, Angie. Vas a estropear el vestido. Me pones enferma.

JOYCE y KIT corren dentro.

ANGIE se queda donde está. Ruido de lluvia.

KIT sale de la casa y grita.

KIT.— Angie. Angie, venga, te vas a mojar.

KIT vuelve junto a ANGIE.

ANGIE.— Me he puesto este vestido para matar a mi madre.

KIT.— Supongo que has pensado hacerlo con un ladrillo.

ANGIE.— Puedes matar a alguien con un ladrillo.

KIT.— Pero no lo has hecho, ¿verdad?

La oficina

NELL.— Café

WIN.— Las ro-
tica.

NELL.— Ohhh

WIN.— Iceberg

NELL ya tiene

NELL.— Ah. A

WIN.— Tiene
sas de Wes

NELL.— ¿Qué?

WIN.— Su mu-
dre. Era co

NELL.— Qué la

WIN.— Llamó

NELL.— Suerte

WIN.— Eso le c

NELL.— Seguro

WIN.— ¿Has vis-
mente boni

NELL.— No me
las piscinas.

SEGUNDO ACTO

Escena Primera

La oficina de la agencia de empleo "Top Girls". Zona central de trabajo y pequeña zona para entrevistas. Lunes por la mañana. WIN y NELL acaban de llegar al trabajo.

NELL.— Café café café café / café.

WIN.— Las rosas eran impresionantes. / Náutica.

NELL.— Ohhh.

WIN.— Iceberg. Me enseñó todos sus nombres.

NELL *ya tiene café*.

NELL.— Ah. Ahora.

WIN.— Tiene una de las rosaledas más preciosas de West Sussex. Las expone.

NELL.— ¿Qué?

WIN.— Su mujer había ido a visitar a su madre. Era como vivir juntos.

NELL.— Qué ladina, nunca dijiste nada.

WIN.— Llamó el sábado por la mañana.

NELL.— Suerte que estabas libre.

WIN.— Eso le dije.

NELL.— Seguro.

WIN.— ¿Has visto alguna vez una rosaleda realmente bonita?

NELL.— No me gustan las flores. / Me gustan las piscinas.

WIN.— Marilyn. Bebé de Ester. Todas tienen nombres de pájaros.

NELL.— Nuestro amigo llega tarde. Todo el fin de semana de fiesta, qué te apuestas.

WIN.— Yo llamaría a una rosa Elvis. O John Conteh.

NELL.— ¿Ha llegado Howard?

WIN.— Si está nos llamará sin parar por algún problema.

NELL.— Howard puede lidiarlo solito.

WIN.— Howard está realmente destrozado.

NELL.— Howard cree que como es un tío el puesto le correspondía por derecho. Nuestra Marlene tiene muchas más pelotas que Howard y se acabó.

WIN.— Pobre tipejo.

NELL.— Sobrevivirá.

WIN.— Se largará.

NELL.— No me importaría cambiar de aires también.

WIN.— ¿En serio?

NELL.— Nunca me ha gustado asentarme. Nuevos pastos.

WIN.- Bueno, ¿quién es el pirata?

NELL.- No hay nada claro.

WIN.- ¿Investigaciones?

NELL.- Siempre hay investigaciones. Creo que tendría mal aliento si se acabaran las investigaciones. La mayor parte no pueden afrontarme a mí. O a ti.

WIN.- Yo estoy bien por el momento. A menos que me vaya a Australia.

NELL.- No queda mucho sitio arriba.

WIN.- Marlene lo ha llenado a tope.

NELL.- Que le vaya bien. A menos que haya perspectivas económicas.

WIN.- Por lo menos pregunta.

NELL.- Siempre puedo por lo menos preguntar.

WIN.- ¿Y qué tenemos? Yo tengo a un tal señor Holden al que vi la semana pasada.

NELL.- ¿Algún interés?

WIN.- Agresivo. Algo rudo.

NELL.- ¿Atractivo?

WIN.- Bien vestido.

NELL.- ¿Ambicioso?

WIN.- Esa es sin duda su idea general pero no estoy segura de que valga.

NELL.- Prestel quiere seis ambiciosos y yo sólo he visto a dos y medio.

WIN.- Se está forrando con viajes pero piensa que es momento de una oficina. Lo mandé a IBM pero no lo consiguió.

NELL.- Prestel está en viajes.

WIN.- No es ninguna lumbrera.

NELL.- ¿Es capaz de llevar una oficina?

WIN.- Si su secretaria sabe escribir podría llegar lejos.

NELL.- Entonces ten en cuenta a Prestel, yo puedo asomarme por detrás de la puerta. Tengo a ese pobre inútil al que nunca debí decir que le ayudaría. Soy demasiado blanda.

WIN.- Tan blanda como unas botas viejas. ¿Qué edad?

NELL.- Unos cuarenta y cinco.

WIN.- No me digas más.

NELL.- Conoce su lugar, no pretende llamarse a sí mismo director, es sólo un pobre tipo que quiere más comisión y un poco de alegría.

WIN.- Como todos.

NELL.- Sólo que tiene que mudarse. Tiene un chalet en Dymchurch.

WIN.- Y su mujer dice.

NELL.- A la señora no le importaría mudarse. Aguantará el cambio.

WIN.- Es su funeral, no pierdas el tiempo.

NELL.- No pierdo demasiado.

WIN.- ¿Tuviste un buen fin de semana?

NELL.- Pued

WIN.- ¿Cuál

NELL.- Uno

WIN.- Ay, ay

NELL.- El do

WIN.- ¿Cuál

NELL.- El do
publicidad

WIN.- Holde

NELL.- Aquí
sabe vend

WIN.- ¿La va

NELL.- Ha ter

WIN.- ¿Servic

NELL.- No, co

WIN.- Una tip

NELL.- Nos v
aquí.

WIN.- Aquí n

NELL.- No per
cuando las

WIN.- Creo q

NELL.- Derek
sarme con

WIN.- No sab

NELL.— Puedes decirlo.

WIN.— ¿Cuál?

NELL.— Uno el viernes, uno el sábado.

WIN.— Ay, ay.

NELL.— El domingo por la noche vi la tele.

WIN.— ¿Cuál te gusta más de verdad?

NELL.— El domingo fue el mejor, me gustó la publicidad.

WIN.— Holden, Barker, Gardner, Duke.

NELL.— Aquí tengo a una señora que cree que sabe vender.

WIN.— ¿La vas a coger?

NELL.— Ha tenido bastantes trabajos.

WIN.— ¿Servicios?

NELL.— No, cosas más fuertes, excitantes.

WIN.— Una tipa dura como nosotras.

NELL.— Nos vendrían bien unas cuantas más aquí.

WIN.— Aquí no va a pasar nada.

NELL.— No pero yo siempre quiero a las duras cuando las veo. No las suelto.

WIN.— Creo que somos muchas.

NELL.— Derek me ha pedido que vuelva a casarme con él.

WIN.— No sabe darse por vencido.

NELL.— Le dije que no pienso arriesgarme, ni siquiera en las carreras de Ascot.

WIN.— Cuidado, podrías arriesgarte.

NELL.— Si eligiera arriesgarme iría a por todas.

WIN.— Podrías casarte con él y seguir trabajando.

NELL.— Podría seguir trabajando sin casarme con él.

Llega MARLENE.

MARLENE.— Buenos días señoras.

WIN y NELL *aplauden y silban.*

Por favor, mi cabeza.

NELL.— Café café café.

WIN.— Con nuestro exquisito tacto evitamos mencionarte que llegas tarde.

MARLENE.— El puñetero metro.

WIN.— Eso me suena.

NELL.— Ya nos lo sabemos.

WIN.— Es que la máxima ejecutiva no llega tan pronto como la pobre curranta.

MARLENE.— Pásame el azúcar y cierra el pico, bonita.

WIN.— Vale, estoy encantada.

NELL.— Howard parece estar enfermo.

WIN.— Howard está enfermo. Tiene úlcera y algo de corazón. Me lo ha dicho.

NELL.— Entonces tendrá que dejarlo.

WIN.— ¿Dejar qué?

NELL.— De fumar, de beber, de gritar. De trabajar.

WIN.— Eso, trabajar.

NELL.— Estamos revisando el día.

MARLENE.— Me ocuparé de algunas de las señoras de Pam. Se han amontonado mientras está fuera.

NELL.— Media docena de niñas y una licenciada en arte que no sabe escribir a máquina.

WIN.— He pasado todo el fin de semana en su casa de Sussex.

NELL.— Le gusta su rosaeda.

WIN.— Tuve que tumbarme en la parte trasera del coche para que no me vieran los vecinos.

NELL.— Es broma.

WIN.— Tuvo gracia.

NELL.— No tiene ni puta gracia.

WIN.— Tuvo gracia.

MARLENE.— De todos modos te habrán visto en el jardín.

WIN.— El jardín tiene unas vallas altísimas.

NELL.— Creo que se lo voy a contar a su mujer.

WIN.— Y una mierda.

NELL.— Puede que le deje y tú te quedarías con la rosaeda.

WIN.— Si se llega a saber me voy a la puta calle.

NELL.— No sé por qué te molestas.

WIN.— Es divertido.

NELL.— Creo que es el momento de que vayas a Australia.

WIN.— Creo que es el momento del ambicioso señor Holden.

NELL.— Si tienes zorras realmente guapas, Marlene, quiero algunas para Prestel.

MARLENE.— Puede que tenga una esta tarde. La mañana es toda para las secretarias de Pam.

NELL.— No pasará mucho tiempo antes de que estés arriba mirándonos a todas desde lo alto.

MARLENE.— ¿Te sienta mal?

NELL.— No me gusta ser segundo plato.

MARLENE.— ¿A quién le gusta?

WIN.— Preferimos que seas tú antes que Howard. Nos alegramos por ti, verdad Nell.

NELL.— Claro. Fantástico.

WIN.— Hola,
detalles. F
bajo por lo

LOUISE.— Pue

WIN.— Veint
quier pue

LOUISE.— Cre
de cambi

WIN.— ¿Qué

LOUISE.— Cu

WIN.— ¿Exa

LOUISE.— Cu

WIN.— No ti
no sí lo e
tiene po
perienci

LOUISE.— Es

WIN.— En
alguna
no dese

LOUISE.— N

WIN.— ¿De

LOUISE.— N

WIN.— Los
pronto,

Entrevista

WIN y LOUISE.

WIN.— Hola, Louise, qué tal. Tengo aquí sus detalles. Ha sido muy leal con el otro trabajo por lo que veo.

LOUISE.— Pues sí.

WIN.— Veintiún años son muchos en cualquier puesto.

LOUISE.— Creo que sí. Creo que es momento de cambiar.

WIN.— ¿Qué edad tiene ahora?

LOUISE.— Cuarenta y pocos.

WIN.— ¿Exactamente?

LOUISE.— Cuarenta y seis.

WIN.— No tiene por qué ser un handicap, bueno sí lo es, tenemos que asumirlo, pero no tiene por qué ser un impedimento, la experiencia sirve de algo.

LOUISE.— Eso espero.

WIN.— Entre nosotras, ¿hay algún problema, alguna razón por la que se marcha que no desea que aparezca en el formulario?

LOUISE.— Nada de eso.

WIN.— ¿De qué?

LOUISE.— Nada en absoluto.

WIN.— Los acuerdos tan largos no se acaban de pronto, ¿acaso por un ambiente insoportable?

LOUISE.— Siempre he evitado del todo cualquier cosa de ese tipo.

WIN.— ¿Ningún choque de personalidad con sus inmediatos superiores o inferiores?

LOUISE.— Siempre me he ocupado de llevarme muy bien con todos.

WIN.— Tan sólo pregunto porque puede afectar a las referencias y también afecta a su motivación, quiero dejar muy claro por qué se va a marchar. Así que diremos que el puesto en sí ya no la satisfacía. ¿Es el sueldo?

LOUISE.— En parte es el sueldo. Pero no tanto por el sueldo.

WIN.— Nueve mil es una cantidad respetable. ¿Tiene familiares a su cargo?

LOUISE.— No, nadie a mi cargo. Mi madre murió.

WIN.— Entonces, ¿por qué quiere cambiar?

LOUISE.— Mucha gente quiere cambios.

WIN.— ¿Pero por qué ahora, tras pasar la mayor parte de su vida en el mismo trabajo?

LOUISE.— Usted lo ha dicho, he vivido para esa compañía, le he dedicado mi vida se puede decir porque no he tenido mucha vida social, y trabajaba hasta tarde. No he tenido líos en la oficina por la exacta razón que acaba de mencionar y si una se compromete con su trabajo no se mueve

en muchos otros círculos. He estado en un nivel de dirección desde los veintisiete años, se dará cuenta de lo que significa. He creado un departamento. Y ahí está, funciona divinamente, y siento que estoy atrapada, he pasado veinte años a medio camino en el nivel directivo. He visto a jóvenes que yo había entrenado avanzar, en mi compañía o en otras partes, hasta cotas más altas. Nadie se fija en mí, no lo espero, no llamo la atención cometiendo errores, todo el mundo da por hecho que mi trabajo es perfecto. Repararán en mí cuando me marche, creo que lamentarán perderme, por supuesto me ofrecerán más dinero, que rechazaré. Verán cuando me vaya lo que estaba haciendo por ellos.

WIN.— ¿Si le ofrecen más dinero no se quedará?

LOUISE.— No.

WIN.— ¿Es usted la única mujer?

LOUISE.— Sin contar claro a las chicas, sí. Hubo una, era mi asistente, fue la única vez que contraté a una chica como asistente, siempre había tenido dudas. No me gusta demasiado trabajar con mujeres, creo que paso por un hombre en el trabajo. Pero cogí a esta joven, tenía cualificaciones excelentes, y trabajó bien, tuvo un departamento a su cargo, y dejó la compañía por un competidor, donde ahora está en el consejo y ojalá tenga suerte. Tiene un estilo distinto, es un nuevo tipo atractivo y bien vestido —no quiero decir que yo no me vista adecuadamente. Pero hay un tipo de mujer que ahora está en los treinta que creció en un clima diferente. No son tan meticulosas. Se aceptan así. Yo tuve que justificar mi existencia

minuto a minuto, y lo hice bien, así que demostré —bueno.

WIN.— Tenemos que afrontar que las vacantes pueden ocuparse con un hombre bastante más joven. Y hay compañías que valorarán su experiencia como para correr el riesgo. También existen campos más fáciles para una mujer, aquí tengo una compañía de cosmética para la que su experiencia puede ser relevante. El sueldo es de ocho y medio, no sé si le interesa.

LOUISE.— He demostrado que puedo ganar dinero. Es más importante que me vaya. Siento que es ahora o nunca. A veces / creo...

WIN.— En una entrevista no debería hablar demasiado.

LOUISE.— No lo haré. No suelo hablar de mí misma. Sé muy bien cómo manejarme en una situación de trabajo. Sólo hablo con usted porque esto me parece distinto, su trabajo consiste en comprenderme, seguro. Usted planteó las preguntas.

WIN.— Creo que la comprendo lo suficiente.

LOUISE.— Pues bien, muy bien.

WIN.— ¿Bebe usted?

LOUISE.— Por supuesto que no. No soy abstemia, creo que eso es muy sospechoso, la gente piensa que eres alcohólica si dices que eres abstemia. ¿Qué quiere decir? No bebo. ¿Por qué?

WIN.— Yo bebo.

LOUISE.— Pues yo no.

WIN.— Enhorabuena.

Despacho principal

MARLENE y ANGIE.

ANGIE *entra*.

ANGIE.— Hola.

MARLENE.— ¿Tienes cita?

ANGIE.— Soy yo. He venido.

MARLENE.— ¿Qué? ¿No eres Angie?

ANGIE.— Me ha costado encontrar este sitio.
Me he perdido.MARLENE.— ¿Cómo has entrado sin pasar por
la recepcionista? ¿La chica del mostrador
no ha tratado de pararte?

ANGIE.— ¿Qué mostrador?

MARLENE.— No importa.

ANGIE.— Yo entré. Te buscaba.

MARLENE.— Ya me has encontrado.

ANGIE.— Sí.

MARLENE.— ¿Dónde está tu madre? ¿Habéis ve-
nido a pasar el día en la ciudad?

ANGIE.— No exactamente.

MARLENE.— Siéntate. ¿Estás bien?

ANGIE.— Sí gracias.

MARLENE.— ¿Y dónde está Joyce?

ANGIE.— En casa.

MARLENE.— ¿Entonces has venido de excur-
sión con el colegio?

ANGIE.— He dejado el colegio.

MARLENE.— ¿Has venido con una amiga?

ANGIE.— No. Sólo he venido yo.

MARLENE.— Has venido sola, qué gracia. ¿Y qué
has hecho? ¿Compras? ¿La Torre de Lon-
dres?

ANGIE.— No, sólo he venido aquí. A verte.

MARLENE.— Es muy amable por tu parte visi-
tar a tu tía. No muchas sobrinas harían esa
primera escala. ¿Te apetece una taza de té?

ANGIE.— No gracias.

MARLENE.— ¿Café, zumo?

ANGIE.— No gracias.

MARLENE.— ¿Estás bien?

ANGIE.— Sí gracias.

MARLENE.— ¿Estás cansada del viaje?

ANGIE.— Sí, estoy cansada del viaje.

MARLENE.— Entonces siéntate ahí un rato.
¿Cómo está Joyce?

ANGIE.— Está bien.

MARLENE.— Como siempre.

- ANGIE.— Pues sí.
- MARLENE.— Por desgracia has elegido un día en que tengo mucho trabajo, como si no fuera siempre así, si no te llevaría a comer y al Museo de Cera. Podríamos ir de compras. ¿A qué hora tienes que volver? ¿Tienes billete de vuelta?
- ANGIE.— No.
- MARLENE.— ¿Y en qué tren te vuelves?
- ANGIE.— He venido en autobús.
- MARLENE.— ¿Pues en qué autobús te vuelves? ¿Te vas a quedar esta noche?
- ANGIE.— Sí.
- MARLENE.— ¿Y con quién te quedas? Quieres que te hospede esta noche, ¿verdad?
- ANGIE.— Sí por favor.
- MARLENE.— No tengo cama de sobra.
- ANGIE.— Puedo dormir en el suelo.
- MARLENE.— Puedes dormir en el sofá.
- ANGIE.— Sí por favor.
- MARLENE.— Creo que Joyce podría haberme llamado. Es típico de ella.
- ANGIE.— Aquí es donde trabajas, ¿verdad?
- MARLENE.— Es donde he trabajado estos últimos años pero me voy a trasladar a otro despacho.
- ANGIE.— Es precioso.
- MARLENE.— Mi despacho nuevo es más bonito. Hay una gran mesa para mí sola.
- ANGIE.— ¿Me lo enseñas?
- MARLENE.— Ahora no, hay otra persona. Pero se marcha a finales de la semana próxima y yo voy a hacer su trabajo.
- ANGIE.— ¿Eso es bueno?
- MARLENE.— Sí, muy bueno.
- ANGIE.— ¿Vas a ser la jefa?
- MARLENE.— Pues sí.
- ANGIE.— Sabía que lo conseguirías.
- MARLENE.— ¿Y cómo lo sabías?
- ANGIE.— Sabía que ibas a ser la jefa de todo.
- MARLENE.— De todo, no.
- ANGIE.— Lo serás.
- MARLENE.— Ya veremos.
- ANGIE.— ¿Entonces puedo verlo la semana próxima?
- MARLENE.— ¿Seguirás aquí la semana próxima?
- ANGIE.— Sí.
- MARLENE.— ¿No tienes que volver a casa?
- ANGIE.— No.
- MARLENE.— ¿Por qué no?
- ANGIE.— No pasa nada.

MARLENE.— ¿No pasa nada?

ANGIE.— No, no te preocupes.

MARLENE.— ¿Joyce sabe dónde estás?

ANGIE.— Claro que lo sabe.

MARLENE.— ¿Lo sabe?

ANGIE.— No te preocupes.

MARLENE.— ¿Entonces cuánto tiempo piensas quedarte conmigo?

ANGIE.— ¿Recuerdas cuando viniste a verme el año pasado?

MARLENE.— Sí, estuvo bien verdad.

ANGIE.— Fue el mejor día de toda mi vida.

MARLENE.— ¿Y cuánto piensas quedarte?

ANGIE.— ¿No quieres que me quede?

MARLENE.— Sí sí, sólo preguntaba.

ANGIE.— No me quedaré si no quieres.

MARLENE.— No, claro que te puedes quedar.

ANGIE.— Dormiré en el suelo, no te molestaré.

MARLENE.— No te alteres.

ANGIE.— No, no. No te preocupes.

Entra la SRA. KIDD.

SRA. KIDD.— Disculpe.

MARLENE.— ¿Sí?

SRA. KIDD.— Disculpe.

MARLENE.— ¿Puedo ayudarla?

SRA. KIDD.— Disculpe que haya entrado así pero tengo que hablar con usted.

MARLENE.— En este momento estoy ocupada.
/ Por favor vaya a recepción /

SRA. KIDD.— Soy Rosemary Kidd, la esposa de Howard, no me reconoce pero nos conocemos, yo por supuesto la recuerdo / pero usted no...

MARLENE.— Claro, señora Kidd, lo lamento, nos conocimos. Me figuro que Howard estará por aquí, ¿ha mirado en su oficina?

SRA. KIDD.— Howard no está por aquí, no. Me temo que es a usted a quien he venido a ver si tiene un par de minutos.

MARLENE.— Tengo una cita dentro de cinco minutos.

SRA. KIDD.— No tardaré cinco minutos. Lo siento. Es un asunto de cierta urgencia.

MARLENE.— Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarla?

SRA. KIDD.— Sólo quería charlar, una charla informal. No es algo que pueda simplemente —lo siento si interrumpo su trabajo. Sé que el trabajo de oficina no es como el de casa / que son todas interrupciones.

MARLENE.— No, no. Esta es mi sobrina Angie, señora Kidd.

SRA. KIDD.— Encantada de conocerte.

ANGIE.— Muy bien gracias.

SRA. KIDD.— Howard no ha venido hoy.

MARLENE.— ¿Ah no?

SRA. KIDD.— No se siente muy bien.

MARLENE.— No lo sabía. Lo siento.

SRA. KIDD.— La verdad es que está en estado de shock. Por lo que ha pasado.

MARLENE.— ¿Qué ha pasado?

SRA. KIDD.— Usted debería saberlo mejor que nadie. Me refiero a que la han nombrado directora general en lugar de Howard. No se ha encontrado bien en todo el fin de semana. Ha estado tres noches sin dormir. Yo no he dormido.

MARLENE.— Lo lamento, señora Kidd. ¿No ha pensado Howard en tomar somníferos?

SRA. KIDD.— Es muy duro cuando uno ha trabajado tantos años.

MARLENE.— La vida laboral está llena de pequeños reveses. Estoy segura de que Howard lo sabe. Reaccionará en un par de días. Todos reaccionamos.

SRA. KIDD.— Pero yo he estado detrás de él todo el tiempo. Si pudiera verle sabría de qué estoy hablando. ¿Cómo le va a sentar trabajar para una mujer? Creo que si usted fuera un hombre lo habría superado como algo normal.

MARLENE.— Creo que tendrá que superarlo.

SRA. KIDD.— El peso lo llevo yo. No me han ascendido a mí. No va a estar dominado por mí, yo he ido siempre detrás de él, le pongo por delante a cada paso. ¿Y ahora qué escucho? Vosotras las mujeres esto, vosotras las mujeres lo otro. No es culpa mía. Tendrá que tener mucho cuidado en tratarle. Se siente muy herido.

MARLENE.— Naturalmente le trataré con mucho tacto y cortesía, no voy a empezar a dar codazos. Le consultaré cualquier decisión que afecte a su departamento. Pero no de manera distinta, señora Kidd, que a mis otros colegas.

SRA. KIDD.— Creo que es distinto, porque es un hombre.

MARLENE.— No acabo de entender por qué ha venido a verme.

SRA. KIDD.— Tenía que hacer algo.

MARLENE.— Pues ya lo ha hecho, me ha visto. Creo que no tenemos más tiempo. Lamento que Howard se desquite con usted. Es un auténtico mierda.

SRA. KIDD.— Pero tiene una familia que mantener. Tiene tres hijos. Es lo justo.

MARLENE.— ¿Está sugiriendo que yo renuncie al puesto por él?

SRA. KIDD.— Se me ha ocurrido que si usted no estuviera disponible por algún motivo, él sería la segunda opción natural, no cree. No se lo estoy pidiendo.

MARLENE.— Menos mal.

SRA. KIDD.— No le diga que he venido. Es muy orgulloso.

MARLENE.— Si no le gusta lo que está pasando aquí que se vaya a trabajar a otro sitio.

SRA. KIDD.— ¿Es una amenaza?

MARLENE.— Lo siento pero tengo trabajo.

SRA. KIDD.— No es tan fácil a la edad de Howard. Lleva aquí más tiempo que usted. A

usted le da igual. Creí que iba demasiado lejos en lo que comentaba de usted pero tenía razón. Es usted una tocapelotas, eso es lo que es. Acabará desgraciada / y sola. No es usted natural.

MARLENE.— Lo siento pero tengo trabajo.

SRA. KIDD.— Le ayudaré, yo sí tengo sentimientos.

MARLENE.— ¿Me haría el favor de largarse?

SRA. KIDD.— Pensé que si la veía por lo menos haría algo.

Sale.

MARLENE.— Ahora tengo que irme a trabajar. ¿Puedes volver más tarde?

ANGIE.— Creo que has estado maravillosa.

MARLENE.— Ahora tengo que irme a trabajar.

ANGIE.— Le dijiste que se largara.

MARLENE.— ¿Puedes volver más tarde?

ANGIE.— ¿No puedo quedarme aquí?

MARLENE.— ¿No quieres ir a visitar algo?

ANGIE.— Prefiero quedarme aquí.

MARLENE.— Supongo que puedes quedarte aquí, si no te aburres.

ANGIE.— Es donde más quiero estar del mundo entero.

MARLENE.— Entonces luego te veo.

MARLENE sale.

ANGIE se sienta.

Entrevista

NELL y SHONA.

NELL.— ¿Es correcto? ¿Usted es Shona?

SHONA.— Eso.

NELL.— Aquí dice que tiene veintinueve años.

SHONA.— Eso.

NELL.— Trasnacho demasiado. Así que lleva cuatro años en su trabajo. Shona, está ganando seis de base y tres de comisión. Así que ¿cuál es el problema?

SHONA.— No hay problema.

NELL.— ¿Por qué quiere cambiar?

SHONA.— Por cambiar.

NELL.— ¿Cambiar de producto, de zona?

SHONA.— Las dos cosas.

NELL.— ¿Pero le gusta la carretera?

SHONA.— Me gusta conducir.

NELL.— ¿No busca un nivel directivo?

SHONA.— Me gustaría un nivel directivo.

NELL.— ¿Le interesaría un nivel directivo titular pero sin salir de la carretera?

SHONA.— Quiero seguir en la carretera, eso es.

NELL.— ¿Y cuántas llamadas hace al día?

SHONA.— Seis.

NELL.— ¿Y cuántas han sido positivas?

SHONA.— Seis.

NELL.— Es difícil de creer.

SHONA.— Cuatro.

NELL.— ¿Le resulta fácil conseguir un interés inicial por usted?

SHONA.— Oh sí, consigo mucho interés inicial.

NELL.— ¿Y el cierre de la venta?

SHONA.— Pues cierto, ¿no?

NELL.— Porque eso es lo que un jefe va a dudar, si una mujer, como no necesito explicarle, va a tener los arrestos para finalizar el proceso de cierre. Ellos creen que somos demasiado amables. Creen que escuchamos las dudas del cliente. Creen que tomamos en cuenta sus necesidades y sentimientos.

SHONA.— Yo nunca reparo en los sentimientos de la gente.

NELL.— Me tiré seis años vendiendo, puedo venderlo todo, he vendido en tres continentes, y soy alegre al recibirles pero no soy muy amable.

SHONA.— No soy muy amable.

NELL.— ¿Cómo se relaciona en la carretera con los otros representantes? ¿Se lleva bien? ¿Charla con ellos?

SHONA.— Paso. Me aparto.

NELL.— ¿Es usted más bien solitaria?

SHONA.— A veces.

NELL.— ¿Y qué campo le interesa?

SHONA.— Los ordenadores.

NELL.— Ese es el mejor de todos como sabe y se encontrará con tipos muy listos, hay chicos muy buenos en ordenadores, es un campo de estilo muy americano.

SHONA.— Por eso quiero hacerlo.

NELL.— ¿Solicitudes para sistemas de vídeos? Es una posición muy ambiciosa.

SHONA.— Solicitudes para sistemas de vídeos me va bien.

NELL.— Porque Prestel tiene media docena de vacantes que tengo que llenar actualmente. Estamos hablando de diez a quince mil para arriba.

SHONA.— Suena muy bien.

NELL.— Tengo una media idea de ir yo. Pero aquí pagan bien si consigues los mejores clientes. ¿Cree que podría apetecerle?

SHONA.— ¿Trabajar aquí?

NELL.— No estoy en condiciones de ofrecer, no hay nada oficial en marcha, pero siempre estamos a la caza. No somos muchos. Podemos mantenernos en contacto.

SHONA.— Me gusta conducir.

NELL.— ¿Entonces las solicitudes de Prestel?

SHONA.— Sí.

NELL.— ¿Qué ataduras tiene?

SHONA.— Ninguna.

NELL.— Por lo tanto trasladarse no sería un problema.

SHONA.— Ningún problema.

NELL.— Bueno, pues rellene algo más sobre lo que ha estado haciendo.

SHONA.— Lo que he estado haciendo. Está todo escrito ahí.

NELL.— Aquí están los datos desnudos pero tengo que presentarla a un cliente.

SHONA.— Tengo veintinueve años.

NELL.— Aquí lo dice.

SHONA.— Parezco más joven. Nos pasa a toda la familia.

NELL.— Describame su trabajo actual.

SHONA.— Mi trabajo actual actualmente. Tengo coche. Tengo un Porsche. Voy mucho a la autopista M1. Quemo mucha energía en la M1. Directa por la M1 por el carril

rápido hacia donde están los clientes, Staffordshire, Yorkshire, me va muy bien en Yorkshire. Vendo aparatos eléctricos. Como friegaplatos, lavadoras, bañeras de acero inoxidable, son una característica y la fiabilidad del programa. Tras el servicio de venta, ofrecemos muy buen servicio de mantenimiento, repuestos, muchos repuestos. Y frigoríficos, vendo un montón de frigoríficos, sobre todo en verano. La gente quiere comprar frigoríficos en verano porque el calor derrite la mantequilla y se harta de colocar la leche en una pila con agua fría con un paño encima, es lógico que la gente no quiera hacerlo en esta época. Así que vendo un montón. De los grandes con congelador, grandes congeladores. Y paso la noche en hoteles cuando estoy fuera de casa. Con mi cuenta de gastos. Me quedo en varios hoteles. Me conocen, en los que suelo ir. Me registro, me doy un baño, una ducha. Luego bajo al bar, me tomo un gin tonic, charlo un rato. Entonces voy al restaurante y ceno. Suelo tomar un filete con champiñones. Me encantan los champiñones. Me gusta mucho el salmón ahumado. Me gusta acompañarlo con una ensalada. Ensalada verde. No me gustan los tomates.

NELL.— Dios qué pérdida de tiempo.

SHONA.— ¿Usted perdone?

NELL.— Ni una sola palabra es cierta / verdad.

SHONA.— ¿Qué quiere decir?

NELL.— Ha rellenado el formulario con una sarta de mentiras.

SHONA.— No exactamente.

NELL.— ¿Qué edad tiene?

SHONA.— Veintinueve.

NELL.— ¿Diecinueve?

SHONA.— Veintiuno.

NELL.— ¿Y qué trabajos ha hecho? ¿Ha hecho alguno?

SHONA.— Habría podido, no lo dude.

Despacho principal

ANGIE sentada como antes.

WIN entra.

WIN.— ¿Quién se ha sentado en mi silla?

ANGIE.— ¿Qué? Lo siento.

WIN.— ¿Quién se ha comido mis gachas?

ANGIE.— ¿Qué?

WIN.— No pasa nada, he visto a Marlene. Angie, ¿verdad? Yo soy Win. Y no voy a salir a almorzar porque estoy agotada. Me voy a sentar aquí y tomaré un yogur. ¿Te gusta el yogur?

ANGIE.— No.

WIN.— Mejor porque sólo tengo uno. ¿Tienes hambre?

ANGIE.— No.

WIN.— Hay una cafetería en la esquina.

ANGIE.— No gracias. ¿Trabaja aquí?

WIN.— ¿Cómo lo has adivinado?

ANGIE.— Porque tiene pinta de trabajar aquí y se ha sentado al escritorio. ¿Ha trabajado aquí siempre?

WIN.— No, me seleccionaron. Quiero decir que trabajaba para otro equipo como éste y un tipo vino y me ofreció más dinero. Rompí mi contrato, aquello tenía muy mala fama. No hay muchas ejecutivas. Tu tía es impresionante.

ANGIE.— Sí lo sé.

WIN.— ¿Eres fan? ¿Fan de tu tía?

ANGIE.— ¿Cree que yo podría trabajar aquí?

WIN.— Ahora no.

ANGIE.— ¿Cómo se empieza?

WIN.— ¿Qué sabes hacer?

ANGIE.— No sé. Nada.

WIN.— ¿Escribir a máquina?

ANGIE.— No muy bien. Las letras saltan cuando pongo mayúsculas. Iba a hacer un curso de comercio pero no lo hice.

WIN.— ¿Qué título tienes?

ANGIE.— ¿Qué?

WIN.— Qué cursos has hecho. Bachillerato.

ANGIE.— Ninguno. ¿Usted tiene?

WIN.— Oh sí, todos, hasta un título en ciencias, curiosamente. Empecé en investigación médica pero no hay dinero para eso. Pensé irme fuera. ¿Sabes que venden Coca-Cola en Rusia y Pepsi-Cola en China? No hay por qué ser tan competente como creemos. Los hombres son unos fantasmas asquerosos, les gusta presumir de que los trabajos son más duros de lo que realmente son. En todos mis trabajos empecé haciéndolo mejor que ellos y eso no les gustaba. Así que acababa por caer mal y me tomaba una copa para animarme. Vivía con un tipo y lo mantuve durante cuatro años, no encontraba trabajo. Después me fui a California. Me gusta el sol. Los americanos saben vivir. Este país es demasiado aburrido. Luego fui a México, siempre vendiendo, pero no es un país para una mujer soltera. Volví a casa, desparramé una temporada, creía que era cinco personas distintas, lo superé bien, el psiquiatra dijo que estaba totalmente cuerda y que era muy inteligente. Me casé en un momento de debilidad y él ahora está en chirona, lleva allí cuatro años, y no he ido mucho a verle este último año. Esto me gusta más que las ventas, la verdad es que no soy tan agresiva. Empecé pensando que vender era un buen trabajo si quieres conocer gente, pero conoces gente que no quiere conocerte. No es bueno si te gusta gustar a los demás. Aquí tus clientes

quieren conocerte porque eres la única que les ayuda. Tienen esperanzas.

ANGIE *se ha dormido. Entra NELL.*

NELL.— Estás hablando sola, cielo.

WIN.— Y qué hay de nuevo.

NELL.— ¿Quién es esa?

WIN.— La sobrinita de Marlene.

NELL.— ¿Qué tiene, hermano, hermana? Nunca habla de su familia.

WIN.— Le estaba contando la historia de mi vida.

NELL.— ¿Con violines?

WIN.— No, la historia de mi éxito.

NELL.— ¿Has oído que a Howard ha tenido un ataque de corazón?

WIN.— No, ¿cuándo?

NELL.— Me acabo de enterar. No había venido, estaba en casa, ha ido al hospital. No se ha muerto. Su mujer estaba aquí, salió corriendo en un taxi.

WIN.— Demasiadas grasas, demasiado tabaco. Tenemos que mandarles unas flores.

Entra MARLENE.

¿Te has enterado de lo de Howard?

MARLENE.— Pobre desgraciado.

NELL.— Mejor que no haya conseguido el puesto si tiene tan mala salud.

MARLENE.— ¿Se ha dormido?

WIN.— Quiere trabajar aquí.

MARLENE.— Mejor que embale en un supermercado.

WIN.— Es una niña amable.

MARLENE.— Es un poco simple. Y un poco rara.

WIN.— Te considera maravillosa.

MARLENE.— No lo va a conseguir.

Escena segunda

Un año antes. Tarde de domingo. La cocina de JOYCE. JOYCE, ANGIE, MARLENE. MARLENE saca regalos de una bolsa brillante. ANGIE ya ha abierto una caja de bombones.

MARLENE.— Sólo unos detalles. / No

JOYCE.— No hacía falta.

MARLENE.— recuerdo nunca los cumpleaños, y las Navidades pasan volando. Así que creo que le debo a Angie unos cuantos regalos.

JOYCE.— ¿Qué se dice?

ANGIE.— Muchas gracias. Muchas gracias, tía Marlene.

Abre un regalo. Es el vestido del Primer Acto, pero nuevo.

ANGIE.— Mamá, mira, es precioso.

MARLENE.— No sé si es su talla. Ha crecido desde la última vez que la vi. / Ya

ANGIE.— Es precioso.

MARLENE.— sabía que es alta para su edad.

JOYCE.— Es grandota.

MARLENE.— A ver, Angie, álzalo.

ANGIE.— Me lo pongo, ¿vale?

MARLENE.— Sí, Pruébalo.

JOYCE.— Pues entonces sube a tu cuarto / no queremos strip-tease, gracias.

ANGIE.— Claro que me voy a mi cuarto, qué te crees. Mira mamá, aquí hay algo para ti. Ábrelo, anda. ¿Qué es? ¿Te lo abro?

JOYCE.— Sí, ábrelo, cariño.

ANGIE.— ¿No quieres abrirlo tú? / Venga.

JOYCE.— No me importa, hazlo tú.

ANGIE.— Es algo duro. Es —¿qué es? Una botella. ¿Una bebida verdad? No, ¿qué es? Mira, perfume. Qué grande. Ábrelo, mira, a ver cómo huele. Oh es fuerte. Es genial. Ponme a mí. ¿Cómo se hace? Ponme.

JOYCE.— Eres demasiado joven.

ANGIE.— Puedo ponérmelo para disfrazarme.

JOYCE.— Ya eres mayor para eso. Trae, dáme-lo, yo lo haré, tú te echarías encima la botella entera / y olerías todo el verano.

ANGIE.— Ponte tú también, tía. Vamos a oler bien todas.

MARLENE.— No sabía qué te gustaría.

JOYCE.— No hay peligro de que lo tuviera / eso está claro.

ANGIE.— Ahora todas olemos igual.

MARLENE.— Es un toque de frivolidad.

JOYCE.— Es un detalle, Marlene, no deberías.

ANGIE.— Ahora me pondré el vestido y veremos.

Sale.

JOYCE.— Me has pillado muy liada y con la casa hecha un desastre. / Si me hubieras

MARLENE.— No tiene importancia.

JOYCE.— dicho que venías tendría algo preparado para comer. Hemos cenado a la hora normal. Sólo vamos a tomar una taza de té. Podrías comer un huevo.

MARLENE.— No tengo hambre. El té está muy bien.

JOYCE.— Me figuro que no querrás azúcar.

MARLENE.— ¿Por qué no?

JOYCE.— Te cuidas mucho.

MARLENE.— ¿Por qué dices que no sabías que iba a venir?

JOYCE.— Podías haber escrito. Ya sé que no tenemos teléfono pero no estamos del todo en la Edad Media, / tenemos cartero.

MARLENE.— Pero si me pediste que viniera.

JOYCE.— ¿Y cómo te pedí que vinieras?

MARLENE.— Me lo dijo Angie cuando llamó.

JOYCE.— Angie te llamó, entonces.

MARLENE.— ¿Fue sólo idea de Angie?

JOYCE.— ¿Qué te dijo?

MARLENE.— Dijo que querías que viniera a verte. / Fue hace un par

JOYCE.— Ya.

MARLENE.— de semanas. ¿Cómo iba a saber que es una idea ridícula? Mi agenda siempre está llena con dos semanas de antelación así que quedamos para este fin de semana. Tenía que llegar antes pero me retuvieron. Me dio recados tuyos.

JOYCE.— ¿Y no te preguntaste por qué no te llamaba yo?

MARLENE.— Dijo que no te gustaba llamar por teléfono. Que te intimida el teléfono y no puedes usarlo. No sé cómo eres, la verdad.

JOYCE.— ¿Hay personas que no pueden usar el teléfono?

MARLENE.— Me imagino.

JOYCE.— No conozco a ninguna.

MARLENE.— ¿Por qué iba a pensar que me mentía?

JOYCE.— Porque es como es.

MARLENE.— ¿Y qué sé yo / cómo es?

JOYCE.— Yo no tengo la culpa de que no sepas cómo es. Nunca vienes a verla.

MARLENE.— Pues ya he venido / y tú no pareces estar muy contenta. *

JOYCE.— * Bueno habría hecho un bizcocho si me lo hubiese dicho.

Pausa.

MARLENE.— Me pregunté por qué querías verme.

JOYCE.— No quería verte.

MARLENE.— Ya lo sé. ¿Me marchó?

JOYCE.— No me molesta verte.

MARLENE.— Genial. Me siento realmente bienvenida.

JOYCE.— Puedes venir a ver a Angie siempre que quieras, no te lo impido. / Ya

MARLENE.— Oh, muchas gracias.

JOYCE.— sabes dónde estamos. Tú eres la que te fuiste, no yo. Yo estoy donde estaba. Y estaré unos años más me figuro.

MARLENE.— Vale. Vale.

JOYCE tiende a MARLENE una taza de té.

JOYCE.— Té.

MARLENE.— ¿Azúcar?

JOYCE le pasa el azúcar.

Qué tranquilo es esto.

JOYCE.— Esperaba que te dieras cuenta.

MARLENE.— Y el aire huele de otra forma.

JOYCE.— Es el perfume.

MARLENE.— No, me refiero a cuando caminas por el sendero.

JOYCE.— ¿Pues qué clase de aire hueles en Londres?

ANGIE baja, con el vestido puesto. Le queda bien.

MARLENE.— Oh, qué bonito. / Estás muy guapa, Angie.

JOYCE.— Le queda muy bien.

MARLENE.— ¿Te gusta el color?

ANGIE.— Precioso. Precioso.

JOYCE.— Es mejor que te lo quites, / lo vas a manchar.

ANGIE.— Quiero llevarlo. Quiero llevarlo.

MARLENE.— Es para llevarlo después de todo. No vas a colgarlo para mirarlo.

ANGIE.— Me encanta.

JOYCE.— Bueno, si no hay más remedio.

ANGIE.— Si alguien me pregunta cuál es mi color favorito contestaré que éste. Muchas muchas gracias, tía Marlene.

MARLENE.— No le has dicho a tu madre que me pediste que viniera.

ANGIE.— Quería darle una sorpresa.

JOYCE.— Yo te daré una sorpresa / cualquier día.

ANGIE.— Pensé que te gustaría verla. No ha vuelto desde que yo tenía nueve años. La gente ve a sus tías.

MARLENE.— ¿Hace tanto? El tiempo vuela.

ANGIE.— Yo quería que viniera.

JOYCE.— No estoy enfadada.

ANGIE.— ¿Estás contenta?

JOYCE.— Además, huelo mejor, ¿verdad?

KIT entra sin decir nada, como si viviera en la casa.

MARLENE.— Creo que ha sido una buena idea, Angie, ya era hora. Somos hermanas, después de todo. Es una lástima perder eso.

JOYCE.— Esta es Kitty, / que vive más arriba en la calle. Esta es la tía Marlene de Angie.

KIT.— ¿Qué es eso?

ANGIE.— Un regalo. ¿Te gusta?

KIT.— Está bien. / ¿Vas a salir? *

MARLENE.— Hola, Kitty.

ANGIE.— * No.

KIT.— ¿A qué huele?

ANGIE.— Es un regalo.

KIT.— Es horrible. Vamos. *

MARLENE.— Toma un bombón.

ANGIE.— * No, estoy ocupada.

KIT.— ¿Saldrás luego?

ANGIE.— No.

KIT (*a MARLENE*).— Hola.

KIT sale sin el bombón.

JOYCE.— Es una niña con la que Angie juega porque es la única que vive realmente cerca. Es como una hermanita pequeña para ella, en realidad. Angie sabe tratar muy bien a los niños.

MARLENE.— ¿Quieres trabajar con niños, Angie? / ¿Cómo maestra o cuidadora de guardería?

JOYCE.— No creo que ni se le haya pasado por la mente.

MARLENE.— ¿Qué quieres hacer?

JOYCE.— No tiene ni idea de lo que quiere hacer. / Tendrá suerte si consigue algo.

MARLENE.— ¿Angie?

JOYCE.— No es tan lista como tú.

Pausa.

MARLENE.— No soy lista, soy tenaz.

JOYCE.— Y que lo digas.

MARLENE saca una botella de whisky de la bolsa.

No bebo alcohol.

ANGIE.— Sí bebes en Navidad.

JOYCE.— Pero no es Navidad, ¿verdad?

ANGIE.— Es mejor que Navidad.

MARLENE.— ¿Vasos?

JOYCE.— Bueno, sólo un poco.

MARLENE.— ¿Quieres un poco, Angie?

ANGIE.— No puedo, ¿verdad?

JOYCE.— Pruébalo si quieres. No te gustará.

MARLENE.— Nos emborrachamos juntas la noche en que murió tu abuelo.

JOYCE.— No nos emborrachamos.

MARLENE.— Yo me emborraché. Tú estabas abrumada por el dolor.

JOYCE.— Sigo llevando flores a su tumba.

MARLENE.— ¿De veras?

JOYCE.— ¿Por qué no iba a hacerlo?

MARLENE.— ¿Has visto a mamá?

JOYCE.— Claro que he visto a mamá. Voy todos los jueves.

MARLENE.— (A ANGIE) ¿Recuerdas a tu abuelo?

ANGIE.— Una tarde me sacó de la bañera con una toalla.

MARLENE.— ¿De veras? Creo que a mí nunca me bañó. ¿A ti te bañó, Joyce? Probablemente se ablandó en la vejez. ¿Te gustaba?

ANGIE.— Sí, claro.

MARLENE.— ¿Por qué?

ANGIE.— ¿Qué?

MARLENE.— Bueno, ¿y qué novedades hay? ¿Cómo está la señora Paisley? ¿Sigue tan loca? / Y Dorothy. ¿Qué ha pasado con Dorothy? *

ANGIE.— ¿Quién es la señora Paisley?

JOYCE.— * Se marchó a Canadá.

MARLENE.— ¿En serio? ¿A hacer qué?

JOYCE.— No lo sé. Sólo que se fue a Canadá.

MARLENE.— Me alegro por ella.

ANGIE.— El señor Connolly mató a su mujer.

MARLENE.— ¿Cómo, Connolly el de Whitegates?

ANGIE.— Encontraron el cadáver en el jardín. / Debajo de los repollos.

MARLENE.— Siempre fue tan correcto.

JOYCE.— Un engreído. El mejor abogado si le podías pagar pero no supo superarlo. Ella seguía con Matthew.

MARLENE.— ¿Qué edad tiene Matthew?

JOYCE.— Veintiuno. Tiene una moto.

MARLENE.— Para mí tiene seis años.

ANGIE.— ¿Cómo va a tener seis? Tiene seis años más que yo. / Si tuviera seis yo no existiría. Acabaría de nacer ahora mismo.

JOYCE.— Tu tía ya lo sabe, se está haciendo la tonta. Quiere decir que hace tanto tiempo que estubo aquí que se ha olvidado de Matthew.

¿qué novedades hay?
¿Paisley? ¿Sigues tan
¿Qué ha pasado con

Señora Paisley?

Canadá.

¿A hacer qué?

¿que se fue a Canadá.

por ella.

¿holló mató a su mujer.

¿Connolly el de White-

¿el cadáver en el jardín.
¿ellos.

¿e tan correcto.

¿El mejor abogado si le
no supo superarlo. Ella
¿v.

¿tiene Matthew?

¿tiene una moto.

¿tiene seis años.

¿tienes seis? Tiene seis
/ Si tuviera seis yo no
¿a de nacer ahora mis-

¿abe, se está haciendo la
que hace tanto tiempo
que se ha olvidado de

ANGIE.— Viniste a mi cumpleaños cuando
cumplí nueve años. Tuve una tarta rosa.
Kit sólo tenía cinco, o cuatro, aún no iba
al cole. Ya sabía leer cuando fue al colegio.
¿Recuerdas mi cumpleaños? / ¿Te acuer-
das de mí?

MARLENE.— Sí, recuerdo la tarta.

ANGIE.— ¿Te acuerdas de mí?

MARLENE.— Sí, me acuerdo de ti.

ANGIE.— Y estaban papá y mamá, y también
Kitty.

MARLENE.— Sí, ¿cómo está tu papá? ¿Dónde
está esta tarde? ¿En el pub?

JOYCE.— No, no está aquí.

MARLENE.— Ya veo que no está aquí.

JOYCE.— Se marchó.

MARLENE.— ¿Qué? ¿Cuándo? / ¿Hace poco? *

ANGIE.— ¿No lo sabías? No sabes mucho.

JOYCE.— * No, hará unos tres años. No seas
grosera, Angie.

ANGIE.— No lo soy, ¿verdad tía? ¿Qué más no
sabes?

JOYCE.— Estabas en América o en otro sitio.
Mandaste una postal.

ANGIE.— La tengo en mi cuarto. Es el Gran Ca-
ñón. ¿Quieres verla? ¿Voy a buscarla?
Puedo traerla.

MARLENE.— Sí, muy bien.

ANGIE *sale*.

JOYCE.— Por lo que sé, podrías estar casada con
gemelos. Puedes tener relaciones y rom-
perlas y no necesito enterarme así que no
entiendo a qué viene tanta historia.

MARLENE.— ¿Qué historia?

ANGIE *vuelve con la postal*.

ANGIE.— “Estoy atravesando estados hacia
un nuevo trabajo en Los Ángeles. Es mu-
cho camino pero el coche es muy rápi-
do. Hace mucho calor. Me gustaría que
estuvieras aquí. Con cariño de tía Mar-
lene”

JOYCE.— ¿Ganaste mucho dinero?

MARLENE.— Gasté un montón.

ANGIE.— Quiero ir a América. ¿Me llevarás?

JOYCE.— No va a ir a América, ya ha estado en
América, estúpida.

ANGIE.— Puede volver, estúpida. No es algo
que se hace sólo una vez. La gente que va
sigue yendo todo el tiempo, de un lado a
otro en avión. Van en Concorde y Laker y
tienen jet lag. ¿Me llevarás?

MARLENE.— No planeo ningún viaje.

ANGIE.— ¿Pero me avisarás?

JOYCE.— Angie, / te estás poniendo tonta.

ANGIE.— Quiero ser americana.

JOYCE.— Deberías estar acostada.

ANGIE.— De eso nada. / No tengo que irme a la
cama esta noche.

JOYCE.— Colegio por la mañana.

- ANGIE.— Me despertaré.
- JOYCE.— Vamos, sabes cómo te pones.
- ANGIE.— ¿Cómo me pongo? / No me pongo de ninguna manera. *
- JOYCE.— Angie. * ¿Te quedas a pasar la noche?
- MARLENE.— Sí, si te parece bien. / Te veré por la mañana.
- ANGIE.— Te dejo mi cama. Dormiré en el sofá.
- JOYCE.— De ninguna manera, dormirás en tu cama. / ¿Crees que me chupo el dedo? Quiero
- ANGIE.— Mamá.
- JOYCE.— ver cómo te acuestas / mientras nosotras hablamos.
- ANGIE.— Lo haría, me acostaría, me encantaría hacerlo.
- JOYCE.— Me voy a enfadar, Angie.
- ANGIE.— Quiero enseñarle una cosa.
- JOYCE.— Y luego a la cama.
- ANGIE.— Es un secreto.
- JOYCE.— Pues espero que sea en tu cuarto así que sube. Llámanos cuando estés lista para acostarte y tu tía subirá y te verá.
- ANGIE.— ¿Vendrás?
- MARLENE.— Sí claro.
- ANGIE sale.
Silencio.
- Hace frío esta noche.
- JOYCE.— ¿Estarás bien en el sofá? Puedes / dormir en mi cama.
- MARLENE.— El sofá está muy bien.
- JOYCE.— El pronóstico del tiempo dijo que iba a llover esta noche pero se ha aplazado.
- MARLENE.— Pensaba dar un paseo hasta el estuario pero lo he dejado para demasiado tarde. ¿Sigue igual?
- JOYCE.— Hace unos años cortaron los setos. ¿Ha sido después de que viniste?
- MARLENE.— ¿Pero no ha cambiado el borde, con todo ese barro? ¿Y las cañas? Solíamos cogerlas y eran más altas que nosotras. ¿Sigue habiendo avefrías?
- JOYCE.— Vienen forasteros a pasear los domingos. Supongo que para ver el barro y las avefrías, sí.
- MARLENE.— Hubieras podido marcharte.
- JOYCE.— ¿Quién dice que quería marcharme?
- MARLENE.— Entonces deja de atacarme, eres un rollo.
- JOYCE.— ¿Cómo podía marcharme?
- MARLENE.— ¿Querías hacerlo?
- JOYCE.— He dicho cómo, / cómo podía.
- MARLENE.— Si hubieras querido lo habrías hecho.
- JOYCE.— Dios.
- MARLENE.— ¿Nos estamos emborrachando?
- JOYCE.— ¿Quieres comer algo?

MARLENE.— No, me estoy emborrachando.

JOYCE.— Qué momento tan raro para una visita, domingo por la tarde.

MARLENE.— He venido esta mañana. He pasado el día...

ANGIE.— (*Dentro*) ¡Tía! ¡Tía Marlene!

MARLENE.— Será mejor que vaya.

JOYCE.— Pues ve.

MARLENE.— Muy bien.

ANGIE.— (*Dentro*) ¡Tía! ¿Me oyes? Ya estoy lista.

MARLENE *sale*.

JOYCE *se sienta*.

MARLENE *vuelve*.

JOYCE.— ¿Cuál era el secreto?

MARLENE.— Es un secreto.

JOYCE.— De todos modos sé lo que es.

MARLENE.— Apuesto que no. Siempre dijiste eso.

JOYCE.— Es su libro de ejercicios.

MARLENE.— Sí, pero no sabes lo que contiene.

JOYCE.— Es un juego, una sociedad secreta que tendrá con Kit.

MARLENE.— No te sabes la contraseña. No te sabes el código.

JOYCE.— Estás metida dentro, verdad. ¿Te sabes el apretón de manos?

MARLENE.— No mencionó ningún apretón de manos.

JOYCE.— Creía que tenían uno especial. Se pasa horas escribiendo en él pero es una inútil en el colegio. Copia cosas de libros sobre magia negra, y políticos del periódico. Es un poco infantil.

MARLENE.— Creo que es un plan para dominar el mundo.

JOYCE.— Ha tenido clase de recuperación los últimos dos años.

MARLENE.— He llegado esta mañana y he pasado el día en Ipswich. He visto a mamá.

JOYCE.— ¿Te ha reconocido?

MARLENE.— ¿Te estás haciendo la graciosa?

JOYCE.— No, es que desvaría.

MARLENE.— No desvariaba en absoluto, estaba muy lúcida, gracias.

JOYCE.— Pues has tenido suerte.

MARLENE.— Qué vida de mierda ha tenido.

JOYCE.— No me lo cuentes a mí.

MARLENE.— Un jodido desperdicio.

JOYCE.— No me hables de eso.

MARLENE.— ¿Por qué no iba a contarlo? ¿Por qué no voy a hablar contigo? / ¿No es también mi madre?

JOYCE.— Mira, tú te fuiste, te marchaste, / nos hemos arreglado sin ti.

MARLENE.— Me fui de casa, y qué, me fui de casa. La gente se va de casa / es normal.

JOYCE.— Lo comprendemos, nos arreglamos sin ti.

MARLENE.— No éramos felices. ¿Tú eras feliz?

JOYCE.— No vuelvas.

MARLENE.— Así que es sólo por mamá verdad, tu niña, nunca quisiste que estuviera cerca, /

JOYCE.— Ya empezamos.

MARLENE.— estabas celosa de mí porque yo era la pequeña y muy lista.

JOYCE.— No soy lo bastante lista para tu psicología / si de eso se trata.

MARLENE.— ¿Por qué no puedo visitar a mi familia / sin pasar por todo esto? *

JOYCE.— Ya.

No sigas con lo de la vida de mamá cuando no has ido a verla en no sé cuántos años. / Yo voy a verla cada *

MARLENE.— Es asunto mío.

JOYCE.— semana.

MARLENE.— Pues no vayas a verla cada semana.

JOYCE.— Alguien tiene que hacerlo.

MARLENE.— No es así. / ¿Por qué hay que hacerlo?

JOYCE.— Cómo me sentiría si no fuera.

MARLENE.— Mucho mejor.

JOYCE.— Espero que te sientas mejor.

MARLENE.— Es asunto mío.

JOYCE.— No pudiste irte de aquí con más rapidez.

MARLENE.— Por supuesto que no pude irme con más rapidez. ¿Qué iba a hacer? ¿Casarme con un lechero que volviera a casa de mal humor? / No hagas el puñetero esto ni el puñetero lo otro

JOYCE.— Jesús.

MARLENE.— esa puñetera perra me decía la muy jodida qué hacer hay que joderse.

JOYCE.— No sé cómo pudiste abandonar a tu propia hija.

MARLENE.— Tú fuiste muy rápida en quedarte con ella.

JOYCE.— ¿Qué quieres decir?

MARLENE.— Que fuiste muy rápida en quedarte con ella.

JOYCE.— ¿Y si no qué? ¿Meterla en un asilo? ¿Qué algún extraño / se la quedara, lo preferirías?

MARLENE.— No podías tener hijos y te quedaste con la mía.

JOYCE.— Entonces no lo sabía.

MARLENE.— De eso nada, / tres años de casada.

JOYCE.— No lo sabía. Mucha gente / tarda tiempo.

MARLENE.— Al final fue una suerte para ti, verdad.

JOYCE.— Fue una suerte para ti por lo que parece. Ganarías unos cuantos miles menos.

MARLENE.— No necesariamente.

JOYCE.— Te quedarías aquí estancada / como dijiste.

MARLENE.— Podía habérmela llevado.

JOYCE.— No querías llevártela. Es inútil que vuelvas ahora, Marlene / y digas...

MARLENE.— Conozco a una directora general que tiene dos niños, da el pecho en la sala de juntas, paga cien libras por semana a la asistente y se lo puede permitir porque es una señora con un poder enorme que gana un montón de dinero.

JOYCE.— ¿Y qué tiene que ver eso contigo a los diecisiete años?

MARLENE.— Sólo porque estabas casada y tenías donde vivir...

JOYCE.— Hubieras podido vivir en casa. /

MARLENE.— No seas estúpida.

JOYCE.— O vivir conmigo y con Frank. / Dijiste

MARLENE.— Nunca lo sugeriste.

JOYCE.— que no querías tenerla. No hubieras debido tenerla / si no pensabas

MARLENE.— Ya empezamos.

JOYCE.— quedarte con ella. Fuiste la más estúpida, / para ser tan lista fuiste la más estúpida, quedarte embarazada, no ir al médico, no decir nada.

MARLENE.— Tú la querías, dijiste que te alegrabas, recuerdo el día, dijiste me alegro de que no te la quitaras. Yo me ocuparé de ella, dijiste junto al río. ¿Así que qué estás diciendo, cariño mío, que no la quieres?

JOYCE.— Claro que no estoy diciendo eso.

MARLENE.— Porque me la llevo, / la despierto y hacemos su maleta ahora mismo.

JOYCE.— No sabrías ni cómo empezar a ocuparte de ella.

MARLENE.— ¿No la quieres aquí?

JOYCE.— Claro que sí, es mi niña.

MARLENE.— ¿Entonces por qué sigues con lo de que / por qué la tuve?

JOYCE.— Has dicho que te la quité / cuando tú no

MARLENE.— He dicho que tuviste suerte / por cómo —

JOYCE.— Ten un hijo ahora si quieres uno. No eres mayor.

MARLENE.— Puede que lo haga.

JOYCE.— Bien.

Pausa.

MARLENE.— He tomado la píldora tanto tiempo / es probable que sea estéril.

JOYCE.— Escucha, cuando Angie tenía seis meses me quedé embarazada y lo perdí porque estaba tan agotada de cuidar a tu puñetera hija / porque lloraba tanto —sí

MARLENE.— Nunca me lo dijiste.

JOYCE.— te lo dije— / y el médico

MARLENE.— Pues se me olvidó.

JOYCE.— dijo que si me sentaba todo el día con los pies en alto lo conseguiría / y esa fue la

MARLENE.— ninguna tontería. Necesita tiempo, determinación. Basta de bazofia. / Y

JOYCE.— Pues yo pienso que son unos cabrones asquerosos.

MARLENE.— ¿quién mejor para dirigirlo? La primera mujer que ha llegado a primer ministro. Impresionante. Un genio. Con decisión. / Tienes que admitirlo. Por supuesto que la voto.

JOYCE.— ¿Qué tiene de bueno que sea la primera mujer si es ella? Supongo que te habría gustado Hitler de haber sido una mujer. La señora Hitler. Ya ha hecho bastante, esa Hitlerina. / Grandes aventuras.

MARLENE.— ¿Cómo los jefes aún pisoteando a los trabajadores? ¿Todavía eres el lorito de papá? ¿No has aprendido a pensar por ti misma? Yo creo en el individuo. Mirame a mí.

JOYCE.— Te estoy mirando.

MARLENE.— Venga, Joyce, no vamos a discutir de política.

JOYCE.— Pues lo estamos haciendo.

MARLENE.— Olvida que la he mencionado. Ni una sola palabra sobre los babosos sindicatos saldrá de mis labios.

Pausa.

JOYCE.— Dices que la vida de mamá ha sido un desperdicio.

MARLENE.— Claro que lo digo. Casada con ese cabrón.

JOYCE.— ¿Y qué clase de vida tuvo él? /

MARLENE.— ¿Una vida violenta?

JOYCE.— Trabajaba en los campos como un animal. / Por qué no le iba a apetecer un trago.

MARLENE.— Venga ya.

JOYCE.— A ti te apetece una copa. Él no podía permitirse el whisky.

MARLENE.— No quiero hablar de él.

JOYCE.— Has empezado tú. Yo hablaba de esto. Ella tuvo una vida pésima porque no tenía nada. Pasó hambre.

MARLENE.— Pasó hambre porque él se bebía el dinero. / Y la pegaba.

JOYCE.— No es sólo culpa de él. / Sus

MARLENE.— Ella no le pegaba.

JOYCE.— vidas eran pura basura. Los trataban como basura. Él ha muerto y ella morirá pronto y ¿qué clase de vida / tuvieron?

MARLENE.— Lo vi una noche. Vine aquí.

JOYCE.— ¿Crees que yo no? / Ellos

MARLENE.— Todavía lo sueño.

JOYCE.— no fueron a América ni la atravesaron en un coche veloz. / Malas noches, ellos tenían malos días.

MARLENE.— América, América, estás celosa. / Tuve que irme fuera, lo supe a los

JOYCE.— ¿Celosa?

MARLENE.— trece años, lejos de casa, lejos de ellos, no dejar jamás que eso me ocurriera a mí, / no permitirle nunca, abrirme camino yo sola, lejos.

JOYCE.— Celosa de lo que has hecho, te avergonzarías de mí si fuera a tu oficina, tus amigas tan listas, verdad, yo me avergüenzo de ti, sólo piensas en ti misma, has tenido éxito, cuando nada ha cambiado para mucha gente / verdad.

MARLENE.— Odio a la clase trabajadora /

JOYCE.— Claro que sí.

MARLENE.— que es con lo que me vas a machacar ahora, ya no existe, sólo significa pereza y estupidez. / No me

JOYCE.— Vaya, ya estamos.

MARLENE.— gusta cómo hablan. No me gustan las barrigas de cerveza ni los vómitos de fútbol y las tetas descaradas / y los hermanos y las hermanas...

JOYCE.— Escupo cuando veo un Rolls Royce, y lo arañó con mi anillo / era un Mercedes.

MARLENE.— Oh, muy madura...

JOYCE.— Odio a esas vacas para las que trabajo / y sus platos sucios con el puñetero estofado de ternera.

MARLENE.— y no voy a dejarme rebajar a su nivel por un piquete agresivo ni me van a mandar a Siberia / o a una casa de locos sólo porque

JOYCE.— No, tú estarás en un yate, serás presidenta de Coca-Cola y espera, los ochenta van a ser estupendos como dices, porque os bajaremos de nuestras chepas...

MARLENE.— soy original y apoyo a Reagan aunque sea un despreciable actor de cine porque los rojos pululan por su mapa y yo quiero ser libre en un mundo libre...

JOYCE.— ¿Qué? / ¿Qué?

MARLENE.— Sé lo que quiero decir / con eso — no enclaustrada aquí.

JOYCE.— Pues no andes por aquí cuando ocurra porque si alguien te da una patada me moriré de risa.

Silencio.

MARLENE.— No me refiero a nada personal. No creo en clases. Cualquiera puede hacer cualquier cosa si tiene lo que hace falta.

JOYCE.— ¿Y si no lo tiene?

MARLENE.— Si son estúpidos o vagos o asustadizos, no voy a ayudarles a conseguir trabajo, ¿por qué iba a hacerlo?

JOYCE.— ¿Y qué pasa con Angie?

MARLENE.— ¿Qué pasa con Angie?

JOYCE.— Es estúpida, vaga y asustadiza, entonces ¿qué pasa con ella?

MARLENE.— La desprecias demasiado. Le irá bien.

JOYCE.— No lo espero, no. Espero que sus hijos digan que tuvo una vida malograda. Si tiene hijos. Porque nada ha cambiado ni cambiará con ellos en el poder.

MARLENE.— Ellos, ellos. / ¿Nosotros y ellos?

JOYCE.— Y tú eres uno de ellos.

MARLENE.— Y tú eres nosotros, los maravillosos, y Angie es nosotros / y mami y papi son nosotros.

JOYCE.— Eso es, y tú eres ellos.

MARLENE.— Vamos, Joyce, qué nohecita. Tú tienes lo que hay que tener.

JOYCE.— Ya lo sé.

MARLENE.— No pensaba de verdad lo que he dicho.

JOYCE.— Yo sí.

MARLENE.— Pero aún así somos amigas.

JOYCE.— No lo creo, no.

MARLENE.— Bueno es una delicia estar en el campo. Tengo realmente que hacer el esfuerzo de venir más a menudo.

Quiero irme a dormir.

Quiero irme a dormir.

JOYCE trae mantas para el sofá.

JOYCE.— Pues buenas noches. Espero que no pases frío.

MARLENE.— Buenas noches. Joyce...

JOYCE.— No, pequeña. Lo siento.

JOYCE sale.

MARLENE se sienta envuelta en una manta y se sirve otra copa.

ANGIE entra.

ANGIE.— ¿Mamá?

MARLENE.— ¿Angie? ¿Qué ocurre?

ANGIE.— ¿Mamá?

MARLENE.— No, se ha ido a la cama. Soy la tía Marlene.

ANGIE.— Aterrador.

MARLENE.— ¿Has tenido una pesadilla? ¿Qué pasaba? Bueno, ahora estás despierta, no es verdad cariño.

ANGIE.— Aterrador.